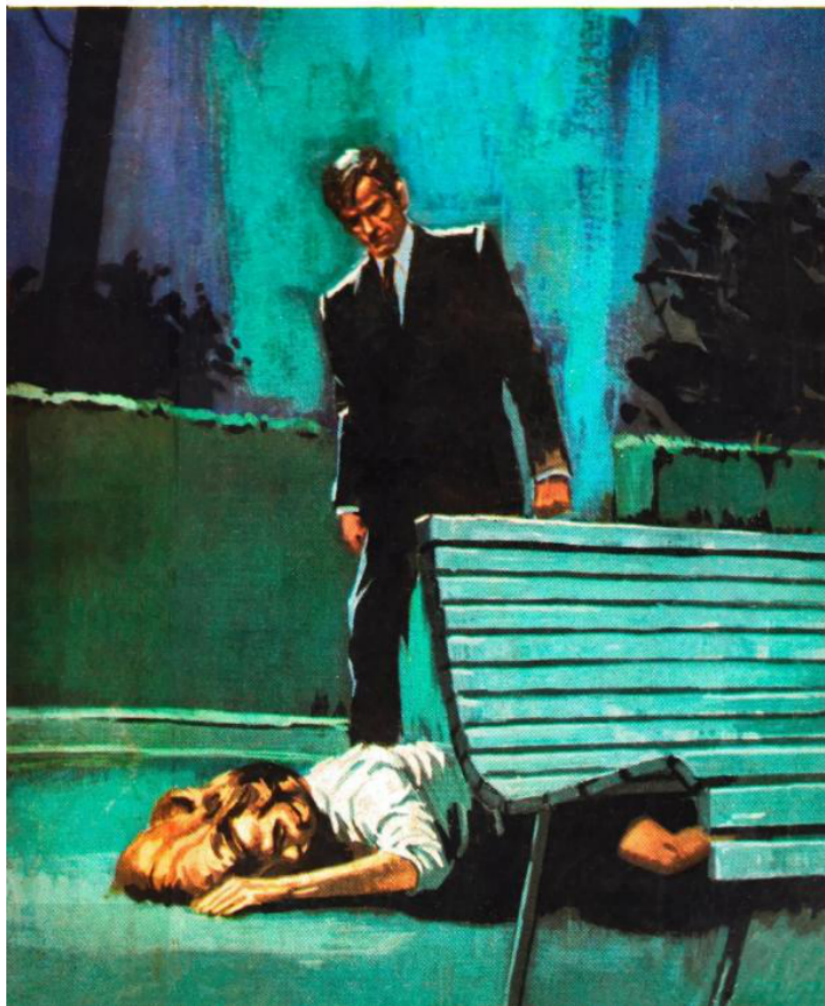




asesinato en Central Park

joe mogar



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

ASESINATO EN CENTRAL PARK

Colección **PUNTO ROJO** n.º 398
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA • BOGOTA • BUENOS AIRES
CARACAS • MEXICO • RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 38.328 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1969

© JOE MOGAR - 1969
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.013. — Llamada a un pistolero.
- En Colección BÚFALO:
393. — Alias, «Pistol Kendal».
- En Colección SERVICIO SECRETO:
991. — Muerte para una rubia.
- En Colección CALIFORNIA:
345. — Un garito de cuervo.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
620. — Un rancho peligroso.
- En Colección COLORADO:
625. — Un *gun-man* en la noche.
- En Colección KANSAS:
586. — «Dificultades» Johnny.
- En Colección BRAVO OESTE:
451. — El misterio de la colina.
- En Colección PUNTO ROJO:
394. — Muerte para un «ye-yé».
- En Colección ASES DEL OESTE:
525. — Oculto demonio.

CAPÍTULO PRIMERO

Miré el teléfono, después de depositar el auricular sobre su soporte.

No me gustaba la llamada.

No sabía por qué, pero no me gustaba.

A pesar de ello, salté del lecho al suelo, lancé una mirada circular en torno a la habitación, como hacía desde que faltaba Dora, bostecé, y empecé a vestirme.

Luego de colocarme las correíllas con la funda y la automática bajo la axila izquierda, tomé la americana, me la puse, y abandoné mi apartamento de la calle 13 Este para encaminarme hacia el garaje inmediato, en busca de mi coche.

Y continuaba sin gustarme todo aquello.

Hacía... bueno, quizá meses en los que ni un solo caso había ido a parar a mis manos.

Tal vez por eso acepté de antemano aquella cita en medio de la noche, y nada menos que en Central Park.

Y no me gustaba, aunque esto fuera una pesada redundancia de lo anterior.

Alcancé el garaje.

Abrí la portezuela del «Mercedes», di el encendido, embragué y lentamente, entre las calles más o menos solitarias, me fui acercando a Central Park.

Pensaba en Dora.

Odiaba a Dora.

Como no creía odiar a nadie.

¿Dónde estaba? ¿Qué había sido de ella, desde que nos separamos?

Eran preguntas que no tenían respuesta para mí, hasta el momento en que sonó el timbre del teléfono instalado sobre la mesita de noche de mi dormitorio.

De un dormitorio que había pertenecido a los dos.

Un año de matrimonio, y aquello era todo.

Fue todo.

Y ahora... ahora ella necesitaba unos dólares. Estaba en un apuro, deseaba salir del estado, y no tenía un solo centavo.

Yo... Bueno, podía darle algunos, pero muy pocos, y un consejo gratuito, el mejor, que se largara con sus apuros a la policía. Iba a ayudarla, sí, pero según y cómo.

Hay leyes, había leyes, que no estaba dispuesto a saltar, a pesar de Dora, a pesar de los recuerdos, la mayoría malos, que anidaban en mi mente.

Fue entonces, al llegar a este punto de mis conclusiones, cuando se me ocurrió por qué diablos estaba pensando en la ley y en la policía.

Cualquiera en Nueva York podía desear abandonarlo en un momento dado, sin que necesariamente estuviera huyendo de la policía.

Entonces, ¿por qué aquella serie de divagaciones?

No lo sabía, a no ser que...

Correcto, Dora me había dicho que se encontraba en un apuro y que deseaba abandonar el Estado. No sólo Nueva York, sino el Estado.

¿Por qué?

Era otra de las cosas que no sabía. Una nueva pregunta para la que no tenía respuesta, aunque esperaba que Dora me la diera.

Dora.

Una mujer joven y hermosa.

Un monumento, pero con demasiada ambición para un pobre detective particular como yo, para un simple y sencillo «pesquisa».

Dejé de pensar, tan pronto como el motor del «Mercedes» dio vista al parque.

Lo detuve antes de entrar, y lancé una fugaz mirada alrededor.

A la larga y ancha avenida completamente iluminada.

Nada.

Tan sólo el ir y venir de los escasos coches de aquella hora, pero sin un solo policía, sin un solo agente de la ley a todo lo largo y ancho de la misma.

Abrí la portezuela y descendí del coche para a continuación

internarme en el parque, entre los árboles, los macizos de flores y las plantas trepadoras. La madreSelva, la hiedra y...

En uno de los bancos frente al estanque...

Dora se encontraba en el tercero, y no sentada precisamente.

Me detuve en seco, tan pronto como la vi, mientras que el pasado explotaba en el interior de mi mente como una sobrecarga de

T. N. T.

Caída boca arriba, completamente inmóvil, casi bajo el banco... Rehecho un tanto, me acerqué, luego de lanzar una mirada alrededor y con la mano derecha acariciando la culata del «Colt» 38 de mi axila.

Estaba muerta, y era horrible.

Odiaba a Dora, la había odiado desde hacía más de medio año, en el transcurso del cual había deseado para ella todo lo malo del mundo, pero aquello, no.

¡Cuernos que no!

Era, incluso, demasiado fuerte para mí.

Me tambaleé al mirarme en aquel rostro antes tan bello y ahora casi desconocido para mí, debido a la brutal paliza que había recibido.

Tenía los labios partidos, un cerco violáceo en torno al ojo derecho y el otro espantosamente fijo en las copas de los árboles que había sobre nuestras cabezas.

Me incliné sobre ella y la examiné.

No había muerto de la paliza, sino de un tiro. De un balazo que le había atravesado el seno derecho, partiéndole el corazón y, al darme cuenta de aquello, todo el odio que había sentido por ella se esfumó como barrido por un huracán.

—Voy a terminar con el que hizo eso contigo, Dora —mascullé entre dientes—. Lo juro. Lo demás, lo nuestro... Bueno, muchacha, creo que... que... es cosa pasada.

Me ahogaba.

Y ahogándome, intenté cerrar sus ojos, pero no pude.

Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que su cadáver estaba aún caliente.

Extraje el Colt y me erguí, mirando alrededor.

Nada.

Sombras y más sombras, y el silencio gravitando sobre mis hombros como una pesada losa de plomo y a mis pies el cadáver de la que en vida fue mi esposa, y no había más verdad que aquélla.

Es decir; había otra más.

La completa seguridad de lo que iba a ocurrir a continuación, tan pronto como la policía tuviera conocimiento de aquello.

Había infinidad de motivos para matarla yo mismo. Nuestras peleas eran del conocimiento de todo el Departamento de Homicidios, así como el de su abandono.

No les costaría mucho trabajo culparme a mí de aquello.

O, por lo menos, lo intentarían.

Una coartada.

No la tenía.

Pensé en Ruth

O'Sullivan,

mirando el cadáver aún hermoso de Dora, y a pesar de estar muerta.

Pero no deseaba involucrarla en aquello.

Nunca había entrado en el apartamento de Ruth, y no iba a hacerlo aquella noche, precisamente aquélla.

Aparté los ojos de Dora, y una vez más miré alrededor.

El mismo silencio, la misma incertidumbre, las mismas preguntas, y nada positivo. Sólo ella, a mis pies, con un balazo en el corazón.

¿Quién y por qué?

Lentamente, empecé a apartarme de allí.

Pensaba.

Y mis meditaciones no eran nada agradables.

Peter Mac Donald, teniente del Departamento de Homicidios, no tardaría en buscarme. Lo haría tan pronto como descubriera el cadáver de Dora.

Dora, que me había llamado no hacía mucho, menos de media hora, y en el transcurso de aquel tiempo la habían golpeado y matado.

¿Por qué?

Ruth era la coartada perfecta. Podía hacerlo, pero no quería. Ruth nada significaba para mí, por el momento, pero, como pensaba, sólo por el momento, y no deseaba que... que la policía la

complicara en aquello.

Bastante tendría con contestar, en los días sucesivos, a las preguntas de Mac Donald. A sus estúpidas preguntas.

La molestarían, lo mismo que a mí.

Llegué a un espeso macizo de flores, y fue entonces cuando vi brillar algo en el suelo.

Me incliné.

Una vaina, un cartucho vacío.

Nada más tocarlo, supe que Dora había muerto mediante el balazo disparado con una pistola de gran calibre. Posiblemente, una 45.

Lo guardé en el bolsillo y continué retrocediendo, paso a paso, alejándome de Dora, ahora de una vez para siempre, y notando como si una garra me oprimiera la garganta.

No deseaba dejarla allí, completamente sola, pero no tenía otra opción, si no quería que el teniente Mac Donald terminara conmigo de una vez por todas, y mucho antes de que yo pudiera hacer algo por defenderme.

Guardé la automática tan pronto como vi al «Mercedes», pero no me acerqué hasta que no escudriñé los alrededores.

Nada.

Igual que en todo momento, nada.

Era mucho mejor para mí, por lo menos por el momento, ya que aquello me daba unos instantes de respiro, pocos, para poder coordinar mis ideas, si es que verdaderamente podía, cosa que dudaba.

Abrí la portezuela, sin dejar de pensar, empuñé el volante y, dando un amplio rodeo, conduje hasta el Distrito V.

Allá por Times Square estacioné frente a una cabina telefónica y, después de lanzar una nueva y fugaz mirada alrededor, abandoné el coche, y tres minutos más tarde me encontraba marcando.

—¿Policía...? ¿Dígame...?

—Se ha cometido un asesinato en Central Park —dije, disfrazando la voz.

—¿Cómo dice?

Tragué saliva.

—Ya me oyó, agente —repliqué—, y no pierda tiempo en localizar la llamada. Lo estoy haciendo desde un teléfono público en

Times Square. En el Distrito V. El cadáver es de una mujer, y está junto a uno de los bancos del estanque.

—Oiga... Escuche...

No lo hice.

Colgué, abandoné la cabina, y una vez más me vi frente al volante, conduciendo ahora hacía mi apartamento, donde entré una hora más tarde.

¿Cuántas más me quedaban de tranquilidad, antes de que los sabuesos de Mac Donald se presentaran allí, en mi busca?

Pocas, muy pocas.

Me desnudé y me tendí en la cama. Había que dar la impresión de que había estado acostado durante toda la noche, y tenía que hacerlo, a pesar de que no iba a lograr pegar un ojo en todo lo que quedaba hasta el nuevo día.

Fue así.

Pero, ante mi asombro, no vinieron, por lo que sobre las nueve de la mañana, me levanté, me di una ducha fría y, acto seguido, abandoné el apartamento, con el pensamiento puesto en Ruth.

¿Qué pensaría ella, cuando lo supiera?

Muchas cosas, y quizá sus pensamientos corrieran acordes con los de la policía.

Era lo más probable, aunque no seguro, ya que con Ruth nunca se sabía.

Alcancé mi despacho instalado en la calle 51 entre la Novena y Décima Avenida, una cuadra antes del cruce de la primera con la segunda, y estacioné el «Mercedes» en la acera opuesta.

Con los nervios en tensión, lancé una fugaz mirada alrededor, sin ver nada sospechoso, y entonces descendí, crucé la calle y entré en el portal.

Utilicé el ascensor hasta el piso décimo octavo, y ya en el pasillo, empujé la acristalada puerta, sabiendo lo que iba a ver a continuación.

No me equivoqué.

Veintiún años recién cumplidos, pelirroja, y de grandes, profundos y rasgados ojos negros.

Hermosa.

Más, mucho más que lo fuera Dora cuando vivía.

Me sonrió, tan pronto como me vio entrar.

—Llega tarde, míster Stillman —dijo por todo saludo.

Era verdad.

Le devolví la sonrisa, a pesar de que en aquel momento no lo deseaba, clavando mis ojos en los diarios que tenía sobre la mesa.

Los señalé, preguntando:

—¿Algo de particular, Ruth?

Volvió a sonreír.

—Nada. Lo de todos los días, míster Stillman.

Ése soy yo.

Un tipo como otro cualquiera.

Amigo de meterse en líos, de mujeres, del buen *whisky* y de los dólares. Sobre todo de los dólares.

Un detective privado, como dice mi tarjeta de identidad, y un fisgón, un «pesquisa», como dicen otros, entre ellos el teniente Mac Donald del Departamento de Homicidios.

Un tipo que no me tiene mucha simpatía.

—¿Ha telefoneado alguien?

Ruth me miró, suspicaz.

—No. Hasta ahora, no.

Me volví hacia la puerta que daba acceso a mi despacho privado.

—Quizá tengamos visita esta mañana, Ruth —dije, un segundo antes de abrirla para entrar—. Avíseme tan pronto ocurra.

No me contestó, y sin más, crucé el umbral, cerrando a mi espalda.

CAPÍTULO II

Era un problema.

El peor que se me había presentado desde que terminara la guerra de Corea hasta el momento en que se me ocurrió ejercer en Nueva York como detective privado.

El primero, y malo, fue Dora.

Pero Dora ya no contaba porque había muerto. Un tipo cualquiera la mató, y yo continuaba preguntándome por qué, mientras que ciertas ideas de mi mente se aclaraban un tanto y las otras se ofuscaban aún más.

Sin dejar de pensar, abrí el cajón central de la mesa despacho, tomé la botella de *whisky* y, sin molestarme en ir a buscar un vaso, o en su defecto pedirselo a Ruth, bebí un largo trago directamente de su cuello.

Al depositarla sobre la mesa, la puerta se abrió un tanto violentamente.

Era Ruth, pero venía en segundo lugar:

No me moví.

No lo hice ni cuando el teniente Mac Donald cruzó el umbral, siempre llevando a Ruth pisándole los talones.

Alto, atlético, de pelo completamente blanco, y soportando sobre sus hombros la carga de sus cuarenta y ocho años. Un tipo inteligente, si no fuera porque su inteligencia le hacía disparar, casi siempre que podía, todas sus baterías en mi contra.

Ojos grises, exactamente igual a los míos, y la boca, de labios gruesos y rojos, como los de una mujer. Como los de Ruth, pongo por ejemplo.

Me miró desde el centro del despacho, frunció el ceño sin que yo me moviera, y dijo, sin más preámbulos y sin saludo alguno:

—Levántese de ahí, «pesquisa», que nos vamos.

Continué sin moverme, pero arqueé una ceja mientras que, a su

espalda, Ruth y su minifalda nos observaban alternativamente y en silencio.

—¿Sí...? —dije—. ¿Adónde?

—Primero al precinto y luego a la Morgue.

Fingí que me sobresaltaba, pero ni por esas abandoné el sillón donde me sentaba.

—¿A la Morgue...? ¿A qué?

Su ceño se frunció violentamente.

—Se lo diré por el camino, Stillman. Ahora, póngase en pie, que nos vamos.

Tomé la botella y bebí por segunda vez, mientras achicaba los ojos y Ruth nos miraba, siempre en silencio.

—Aún no, teniente —dije con voz fosca—. Antes debo preguntarle por qué, y, con arreglo a la ley, tiene que responderme. Vamos, teniente Mac Donald, ¿de qué me acusa, esta vez?

Se acercó a la mesa tras la cual me sentaba, y lo hizo de una sola zancada. Se inclinó sobre mí, y aguanté su mirada sin un solo parpadeo.

—¿No contesta, teniente? —pregunté.

Soltó una maldición, que hizo enrojecer a Ruth, y replicó:

—Está acusado de asesinato en primer grado, «pesquisa», ¿sabe?

Luché porque mi rostro no expresara nada de lo que en aquel momento estaba pensando, y respondí con una nueva pregunta:

—¿A quién he matado yo, teniente?

—Vámonos, Stillman —fue la respuesta que obtuve de él.

Denegué con la cabeza, mientras Ruth, siempre en silencio, se acercaba al teléfono.

—Antes, Mac Donald —dije—, tendrá que presentar los cargos con toda exactitud. Vamos, responda, ¿a quién he asesinado yo?

Siguió un par o tres de segundos de silencio, en tanto que Ruth levantaba el auricular.

Un silencio que el propio Mac Donald rompió con un deje de triunfo en la voz:

—A «*mistress*» Dora Stillman, su esposa, fisgón. Entiende eso, ¿verdad?

Me puse en pie de un salto.

Entre tanto, mi secretaria no soltaba el auricular.

—¿Cuándo lo hice, teniente? —pregunté con voz ronca.

—¿Todavía desea más información?

La pregunta era irónica en extremo.

—¿Por qué no, Mac Donald? —pregunté. Y ahora mi voz parecía papel de lija—. ¿Quiere decirme cómo y cuándo lo hice?

Vaciló.

Vaciló mucho, y adiviné que estaba luchando consigo mismo, entre explicármelo todo y llevarme sin más al Precinto, lo que me hizo pensar que, a pesar de todos los pesares, Mac Donald aún no estaba muy seguro de lo que estaba haciendo, y aquello sí que no me sorprendió.

—Vámonos, Stillman —repitió, una vez más—. Hablaremos en el precinto.

—¿Sí...? ¿Y por qué yo precisamente, teniente? ¿Por qué tuve que matarla? ¿Por qué? —Mac Donald hizo una mueca.

—Tenía motivos para hacerlo, Stillman. Y uno de esos motivos se llama Alf Nichols, ¿no?

Era un buen motivo, el mejor.

Apenas si tuve tiempo de pensarlo, cuando el teniente añadió:

—Le estoy esperando, «pesquisa». Por última vez, ¿nos vamos?

Me puse en pie, mientras él alargaba la mano hacia mí.

—Deme su pistola, Stillman —dijo—. Pero con cuidado.

A nuestro lado, la silenciosa Ruth no se decidía a marcar.

Esperaba, y yo no sabía qué.

Quizá el teniente tampoco.

Introduje la mano en la funda de la axila, y tomé la culata del «Colt» con los dedos de la mano derecha mientras que Mac Donald buscaba la culata de la suya.

La saqué lentamente, y se la di, luego de tomarla por el cañón.

—¿Nos vamos, Stillman?

Su voz rebosaba satisfacción.

No respondí.

Mientras se la guardaba en el bolsillo de la americana, rodeé la mesa y salí fuera. Avancé hacia la puerta, llevándole detrás, sin que hubiera lanzado una sola mirada a Ruth, que continuaba observándonos en silencio y con el auricular en la mano.

Llegaba a la puerta que daba acceso a su despacho cuando la oí preguntar:

—¿Quiere decirme cómo y cuándo mataron a «*mistress*» Stillman,

teniente?

Ambos nos volvimos al unísono, para mirarla.

Ruth nos observaba a los dos, lo mismo que antes, pero algo había cambiado en ella.

Ahora había soltado el auricular, y nos miraba alternativamente, con un leve tinte rosado en las mejillas que, por el momento, no supe a qué atribuir.

El silencio en el interior de mi oficina era tenso.

Lo rompió Mac Donald con una pregunta:

—¿Y a usted qué diablos le importa, *«miss»*

O'Sullivan?

Ruth no se desconcertó por el exabrupto del teniente que, por otra parte, debía estar esperando, ya que le sonrió. No sé cómo pudo conseguirlo, pero fue así.

Y su voz también sonó calmosa y fría, cuando contestó:

—Sencillamente, teniente, que sospecho que se está metiendo en un lío.

Me envaré.

Conocía demasiado bien a mi secretaria para adivinar que, a pesar de su tono, que no se alteraba, estaba preparando una bomba, que estallaría como y cuando ella quisiera, y sin que nadie en la tierra lograra evitarlo.

—¿Sí...? ¿Y puede decirme por qué...?

—No —interrumpió ella—, si antes no responde a mi anterior pregunta.

Antes de hacerlo, Mac Donald nos miró alternativamente a los dos, hasta que por fin sus ojos grises y completamente helados se clavaron en el bello rostro de mi secretaria.

—De acuerdo, *«miss»*

O'Sullivan

—respondió—. A *«mistress»* Stillman la mataron anoche en Central Park, después de propinarle una brutal paliza. ¿Satisfecha?

—No, aún no, teniente —replicó ella con perfecta calma.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que si asesinaron anoche a *«mistress»* Stillman, no sé cómo va a poder achacarle el asesinato a Richard.

Me sobresalté, y no por su afirmación, sino porque Ruth jamás, en el tiempo que llevaba junto a mí, me había llamado con aquella

confianza.

—Explíquese, ¿quiere?

Ruth volvió a sonreír, pero ahora su sonrisa era burlona.

—Correcto, teniente, lo haré —respondió fríamente y mientras el color rojo de sus mejillas se acentuaba—. No pudo hacerlo, porque, desde que abandonamos la oficina, ayer por la tarde, sobre las ocho de la noche, permanecemos juntos.

Me dejó de piedra.

Y mucho más, cuando vi cómo su burlona sonrisa se trocaba en otra completamente inocente.

Exactamente como si no hubiera dicho nada.

El silencio se me antojó siniestro, unos segundos antes de que hasta mis oídos llegara la respuesta de Mac Donald:

—¿Durante toda la noche, «miss»

O'Sullivan?

—Durante toda la noche, teniente.

Me helé.

Y mientras recobraba la conciencia de todo, Mac Donald, con el rostro congestionado, preguntó:

—¿Juraría eso delante de un tribunal?

—Claro, teniente.

—¿Sabe en qué pena incurre el perjurio, «miss»

O'Sullivan?

Ruth se encogió de hombros con gesto displicente.

—Es algo que no me importa, teniente —respondió con voz seca —, ya que le he dicho la verdad. Y ahora que lo sabe, si quiere, puede llevarse con usted a «míster» Stillman —señaló el teléfono y añadió—. Antes de que lleguen al precinto, teniente, tendré en mi poder una orden de «*habeas corpus*», ¿comprende?

No maldijo.

Tampoco dijo nada, por lo menos en unos segundos que empleó para mirarnos fijamente a los dos, hasta que repentinamente tomó la palabra:

—De todos modos, «pesquisa», tendrá que venir conmigo.

Mi rostro se nubló, al comprenderle.

—A la Morgue, ¿verdad?

—Sí.

No respondí.

En aquel momento no podía, ya que de nuevo los recuerdos acudían en tropel a mi mente, dejándola vacía de otro sentimiento cualquiera.

—Entonces, «pesquisa», vámonos.

Una vez más, las palabras del teniente Mac Donald los encauzaron por otros lugares, tanto o más desagradables que los anteriores, y continué sin replicar.

Del mismo modo avancé hacia la puerta, sin lanzar una mirada a Ruth ni a su minifalda, lo que resultaba completamente fuera de lugar, por lo menos por parte mía, y lo hice pensando que tenía que hablar con ella, que tenía que entender aquello, y que no podía hacerlo, por el momento.

La presencia del teniente me lo impedía.

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué mintió de aquel modo? ¡Cuernos, que no lo entendía, y aquello me molestaba!

Alcanzamos la calle, en silencio.

Junto al «Mercedes» de mi propiedad, vi el largo y negro «Mercury» de la policía y al uniformado agente que estaba tras el volante.

Mac Donald se acercó y le seguí, siempre sin pronunciar palabra.

—Vamos a la Morgue, Tom —dijo con voz seca—. «Míster» Stillman y yo iremos en su coche.

Se volvió a mirarme.

Me volví, dando la espalda, antes de que pudiera decir nada más, y me acerqué. Abrí la portezuela, me situé frente al volante, pero, cuando lo hice, él ya se encontraba a mi lado.

—¿Nos vamos?

Siempre sin replicar, puse el coche en marcha.

Era horrible.

Mucho más espantoso que cuando la vi en Central Park, casi debajo de aquel banco, con el rostro y el cuerpo lleno de verdugones y el seno izquierdo atravesado por el centro.

Mucho más espantoso y horrible, dentro de aquel cajón de plomo con raíles.

—Sí, es ella —dije, mucho antes de que Mac Donald, que me miraba atentamente, pudiera formular pregunta alguna—. ¿Nos vamos ya?

Me miró, suspicaz.

—¿Tiene mucha prisa, «pesquisa»?

—Por salir de aquí, sí —dije la verdad de mis pensamientos—.

¿Nos vamos?

Mac Donald asintió en silencio, y salimos a la calle.

—¿Puedo irme ya?

Mirándome atentamente, formuló una nueva pregunta:

—¿Qué es lo que piensa hacer, Stillman?

Forcé una sonrisa.

—Voy a buscar a ese cerdo, teniente —afirmó—, y voy a matarlo.

—¿Sí...?

No hice caso de su sarcástica pregunta, y respondí:

—Será un asesinato legal, que haré con o sin licencia de privado, Mac Donald, y sin que ni usted ni toda la policía de Nueva York pueda impedírmelo.

—¿De veras piensa así, Stillman?

—¿Usted qué cree?

No dijo nada en unos segundos.

Hasta que respondió:

—Escuche, que no lo repetiré, «pesquisa»; si le veo metiendo las narices en todo esto, dará con sus huesos en la cárcel. Y no me pregunte de qué le acusaré porque de aquí a entonces ya encontraré yo algo, ¿comprende? Y usted, Stillman, sí que sabe que puedo hacerlo.

Sabía que era verdad, pero no se lo dije.

Tampoco contesté.

Esperaba.

Y fue muy poco, ya que añadió a continuación:

—Puede irse, si quiere, pero guarde las uñas o se encontrará en un apuro. Es un consejo de amigo, aunque usted crea lo contrario, Stillman.

—Entonces, ¿ya no me cree un asesino? ¿Ya no piensa que maté a mi esposa?

Sonrió.

Y su sonrisa no me gustó ni poco ni mucho.

—Eso es algo que pienso probar, a pesar de la declaración de su secretaria que, por otra parte, no creo que tenga valor alguno delante del fiscal.

—No, cierto que no, teniente, pero el jurado, a la hora de fallar, puede tenerla en cuenta, y eso ni usted ni yo podemos evitarlo —hice una pausa y añadí, en vista de que no me interrumpía—: ¿Algo más?

—Sí, sólo una cosa, «pesquisa», que no abandone Nueva York sin que yo lo sepa, o tendrá que regresar, y de un modo que no va a gustarle mucho.

—¿Me puedo ir? —Fue lo que repliqué.

Maldijo entre dientes, y señaló mi coche.

Le volví la espalda, sin pronunciar palabra, y me acerqué.

Tomé el volante, con el pensamiento puesto en Ruth.

En que tenía que hacer una visita. La primera de la serie, pero aún era demasiado temprano para aquello.

La calle Diecisiete con la Quinta Avenida.

Un «*snack bar*».

Detuve el «Mercedes» junto al bordillo de la acera, la crucé, empujé la acristalada puerta y entré. Ya acomodado sobre uno de los altos e incómodos taburetes, pedí:

—Una lata de cerveza y un bocadillo de jamón.

Mientras me lo servían, busqué con los ojos la cabina telefónica.

Resultado: un par de minutos más tarde, me encontraba en su interior, con el auricular en la mano.

Al otro lado del hilo oí la insistente señal de marcar, pero nadie vino a responder a mi llamada.

Maldije entre dientes, preguntándome dónde diablos se había metido Ruth, y regresé a la barra donde, parsimoniosamente, terminé con el bocadillo y con la cerveza.

Hecho esto, regresé a la cabina y marqué por segunda vez.

Ruth no había regresado a la oficina, y ahora no maldije; me limité a volver a la barra, donde aboné lo consumido y una vez más me encontré en la calle, frente al volante de mi coche.

El resto de la tarde, hasta el anochecer, lo pasé en un cine de sesión continua, pero no pude prestar atención a la película que se proyectaba.

CAPÍTULO III

El «Pinacle».

Conocía el *cabaret*, aunque sólo fuera de oídas.

También sabía que se encontraba instalado en un subsuelo de Culumbus Circle, y que era uno de los clubs nocturnos más elegantes y caros de Nueva York, sin exceptuar los de Broadway o los de la Quinta Avenida.

Siempre conduciendo, busqué una de las callejas adyacentes y estacioné el «Mercedes» dos cuadras antes de llegar.

Recorrí el camino a pie, y me detuve en la puerta, mirando las fotografías expuestas al público.

Merecía la pena entrar, y no precisamente para hacer preguntas sobre tal o cual asesinato.

Cora Grey.

Bailarina y cantante, la máxima atracción del «Pinacle».

Y Dora Ferguson o Dora Stillman, por su matrimonio conmigo.

Dora, que había vuelto a sus actividades profesionales, para morir poco más tarde.

Me dolió aquello, y no precisamente por su abandono sino por la forma que tenía de exhibirse en público. Buenas piernas, como yo no había visto otras, exceptuando las de Ruth.

Buenas piernas y mejor fachada, bajo un rostro y exageradamente perfecto de mujer joven y rubia.

Aquélla había sido Dora.

Me mantuve varios minutos contemplando los carteles, y me acerqué a la acristalada puerta que guardaba los escalones que debían conducirme al subsuelo.

Consulté el reloj, antes de entrar.

Las diez de la noche.

Una buena hora para hacer una visita.

Alf Nichols ya debería estar allí.

No le vi, de primer intento.

No es que le conociera personalmente, pero había visto varias veces su fotografía en las revistas, y estaba seguro que en aquel momento no se encontraba en el interior del espacioso local que tenía frente a mis ojos, alumbrado con lámparas de multitud de colores.

Una barra al fondo, más allá una estantería repleta de botellas de distintas marcas de licor, tres *barmen*, infinidad de mesas, la mayoría de las cuales estaban ocupadas, varias parejas bailando en la encerada pista al compás de la orquesta de color, y allí, junto a estos últimos, animando a bailarines y público, Cora Grey.

Con todo lo que llevaba encima en el cartel que vi fuera.

Medias de malla negra sobre unas esbeltas piernas de largos y bien torneados muslos, y muy poco más, de cintura para arriba.

Una belleza morena, que hacía suspirar a los hombres y maldecir de envidia a las mujeres.

Una mujer, en fin, que podía decirme algo de Dora.

Mis meditaciones las interrumpió una de las muchachas que pululaban entre las mesas o bien alegrando a la clientela, sacando fotografías o sirviendo las mesas.

No suspiré.

Una fachada más o menos hermosa, aunque se tratara de una carrocería como la de mí «Mercedes», no me importaba, por el momento.

—¿Le acompaño a una mesa, «míster»...?

—Gracias, pequeña —dije, sonriendo forzosamente—. Iré a la barra —señalé a Cora y pregunté—: Ésa es Cora Grey, ¿verdad?

—¡Claro! ¿Es que no la ha visto en la puerta, en las fotografías de...?

La interrumpí con una pregunta:

—¿Cómo puedo componérmelas para verla?

Abrió mucho los ojos.

Azules como las aguas dormidas de un lago.

—No lo sé —respondió.

—¿No...?

Dio media vuelta y empezó a alejarse, y entonces dije:

—¿Qué le parecen cincuenta dólares si lo intenta usted, preciosa?

Se detuvo en seco y se volvió a mirarme.

Me sonrió mientras se me acercaba.

—Lo haré, pero no le prometo nada.

—Inténtelo, y será suficiente para mí.

Extraje un billete de diez dólares del bolsillo de mi pantalón y se lo di.

Y parpadeé, un tanto asombrado, al ver la rapidez que empleó para esconderlos entre los senos.

—Estaré en la barra, como le dije.

No me respondió.

Se estaba alejando de mí, con su vivo y elástico paso, contoneando las caderas, y mis ojos, aún en contra de mis anteriores pensamientos, fueron a sus piernas de ensueño, como las de Cora y las de todas las muchachas que había por allí, estaban cubiertas de negras medias de malla.

Cuando la perdí de vista entre los cortinajes del fondo, que posiblemente daban acceso a los reservados y a los camerinos, empecé a cruzar entre las mesas, pendiente de la canción que interpretaba Cora, hasta la barra, donde me acomodé.

Apenas si lo hube hecho, oí la pregunta de uno de los tres barman:

—¿Qué va a tomar?

No era cliente del «Pinacle» ni lo sería nunca, pues no estaba a la altura de mi bolsillo, pero el tipo aquel no mostraba extrañeza alguna al verme allí.

—*Whisky* —respondí—. Con unos cubitos de hielo.

Medio minuto más tarde, tenía frente a mí lo pedido, en un alto y artístico vaso.

Cora había terminado su actuación, los bailarines de la pista se estaban retirando hacia sus mesas, entre sordos murmullos de conversación sostenida a media voz.

Cora y su maravillosa figura se estaban acercando a los cortinajes.

Tomé el vaso y bebí.

A su salud y a la de Dora.

Dora, que había muerto.

Maldije.

Pero nadie me oyó.

Dora, que también bailaba y cantaba en aquel club, casi desde el mismo día en que se marchó de mi lado. A las órdenes de Nichols.

Y en el interior de mi mente, las palabras del teniente Mac Donald.

Nichols y Dora.

Lo uno iba unido a lo otro. ¿Lo había estado siendo o solo eran sospechas, figuraciones mías?

¿Por qué?

¿Y aquella paliza? ¿A santo de qué?

Maldije de nuevo, ahora mentalmente.

Una mano suave, al posarse sobre mi brazo, interrumpió mis pensamientos, justo en el momento en que éstos se volvían más feos.

Me volví, esperando que fuera Cora.

Lo era.

Sobre los desnudos hombros se había colocado una estola, que no cubría nada más.

—Margaret dijo que hay un hombre que deseaba hablarme. ¿Es usted?

Señalé la barra, antes de contestar:

—¿Quiere tomar algo?

Su sonrisa se amplió.

—No, ahora no; gracias —hizo una pausa, y preguntó, mirándome curiosamente—: ¿Qué es lo que desea de mí?

—Hablarle, Cora.

—Eso ya lo dijo antes. ¿De quién?

La miré pensativamente y respondí:

—De Dora Stillman, querida.

Se sobresaltó, y sus ojos chispearon.

Miró alrededor, detenidamente, y luego me enfrentó.

Su voz no había cambiado, cuando contestó con perfecta tranquilidad:

—Aquí no puede ser, «pesquisa».

Tragué saliva.

—¿Cómo sabe eso, Cora, preciosa? —articulé, cuando la sorpresa me dejó hacerlo.

—La propia Dora me lo dijo, «míster» Stillman.

—¿Y cómo sabe precisamente que yo soy ese que dice? ¿El

marido de Dora?

Su sonrisa fue displicente al contestar:

—No lo sé, pero lo presumo.

—¿Por qué?

De nuevo lanzó una fugaz mirada alrededor del salón, y respondió, cuando ya me estaba mirando:

—Venga a verme, y hablaremos, «míster» Stillman.

—¿Cuándo?

—Esta madrugada, sobre las tres, en mi apartamento —sus ojos chispearon de nuevo—. Le estaré esperando.

—¿Dónde?

—En el 3080 de Madison Avenue. Piso ocho, apartamento 304, letra B.

—Ahí estaré.

No me respondió.

Dio media vuelta y, como siempre, por no perder la costumbre y a despecho de la propia Ruth, si hubiera estado presente, mis ojos fueron a sus piernas, como atraídos por un imán, y no los aparté de allí hasta que no traspuso al otro lado de los cortinajes de raso.

Me volví hacia la barra.

El *whisky*.

Lo había olvidado, por lo que tomé el vaso y bebí pausadamente, pensando.

Vi a la muchacha llamada Margaret cuando ya me encaminaba hacia la puerta, dejando para otro día mi visita a Nichols que, dicho sea de paso, continuaba brillando por su ausencia.

Salí a la calle y, mientras me encaminaba hacia el lugar donde había estacionado el coche, volví varias veces la cabeza hacia atrás, pero nadie me seguía.

O por lo menos, yo no pude darme cuenta de ello.

Lentamente ahora, conduje hacia el Manhattan Oeste, en cuya calle 20, Ruth tenía su apartamento.

El número 820.

Allí estaba, frente a mis narices.

Detuve el coche, descendí, crucé la calzada y entré en la portería.

El tipo era un hombre, con un apagado cigarrillo en los labios, y que me miró de pies a cabeza.

Pregunté, antes de que pudiera decir nada:

—¿Sabe si «miss»

O'Sullivan

se encuentra en su apartamento?

Volvió a mirarme de pies a cabeza y contestó:

—No puedo dar información alguna, amigo —contestó.

—Trabaja para mí.

Hizo un mueca.

—Yo, para toda la finca —señaló el ascensor—. Suba averígüelo usted mismo. Es todo lo que puedo decirle.

Un tipo simpático.

Di media vuelta, sin dar las gracias, y entré en el ascensor.

Pulsé el botón correspondiente, y la caja de madera y hierro se lanzó hacia arriba, bastante rápidamente, por cierto.

Busqué el número en un largo y casi lujoso pasillo, pensando que Ruth podía o no estar allí.

Si era aquello último, no la podía esperar durante mucho tiempo. No allí, pero sí en el coche, a pesar de que ya pasaban de las once y treinta de la noche.

Frente a la puerta, me detuve, vacilé un poco y por fin levanté el brazo y pulsé el botón del zumbador.

Silencio.

Esperé unos cuantos segundos más, y volví a llamar.

Ahora sí oí su vivo taconeo, procedente del otro lado de la puerta, y el llavín al entrar en la cerradura, y la puerta se abrió, encuadrándola en el umbral.

—¡Usted! ¿Es que ocurre algo?

Casi no la miré.

Tampoco respondí, me limité a apartarla de la puerta, y entré, llevándola detrás.

La combinación era rosa, de nylon, y estaba preciosa.

Me detuve en el «living» y la miré.

Fue entonces cuando dijo:

—Pase... pase, «míster» Stillman, está usted en su casa.

Sin replicar, sin querer mirarla mucho, me dejé caer en uno de los sillones, y la vi vacilar.

Ahora, en aquel momento, estaba pensando en muchas cosas. Es decir; empezaba a pensar en ellas.

—¿Por qué ha venido aquí, «míster» Stillman?

Soslayé su pregunta con otra:

Precisamente con la que ella esperaba, desde que me viera irrumpir en la intimidad de su apartamento y de aquel modo:

—¿Por qué lo hizo, Ruth? ¿Por qué le mintió al teniente Mac Donald?

—No deseaba que se lo llevara, «míster» Stillman.

—¿Por qué?

Sonrió, pero su sonrisa era nerviosa.

—Usted es mi jefe. El que me paga, ¿no? Si le detienen, acusado de asesinato, ¿dónde encuentro yo un empleo?

Maldije y se calló.

—La verdad, Ruth —pedí—, ¿por qué?

—¿Es necesario que responda a esa pregunta?

—Sí, claro.

—¿Y sólo por eso ha venido a molestarme a esta hora, «pesquisa» inteligente?

Hice una mueca de desagrado, y se rió de mí.

Maldije de nuevo, lo que sirvió para que siguiera burlándose un poco más, y luego añadió:

—No hay respuesta alguna, «míster» Stillman, y, aunque no me crea, le estoy diciendo la verdad. Es... una pregunta que me estoy haciendo yo misma, desde el momento en que ocurrió. Por qué lo hice, y no lo sé.

La miré de hito en hito, y no pude leer nada en su rostro hermoso como el de un querubín peligroso.

CAPÍTULO IV

Siguió un largo y extraño silencio, que ella rompió con una repentina pregunta, que cambiaba radicalmente el tema de la conversación, encauzándola hacia otros lugares:

—¿Averiguó algo, «pesquisa»?

—No, aún no.

Se dejó caer en el otro sillón, frente a mí, y mis convicciones vacilaron, al ver con la dejadez que lo hizo, mientras que yo recordaba mi cita con Cora.

—Fue a ver a Nichols, ¿no?

Era lista.

Demasiado lista, tal vez, y también, quizá por aquello y no por otra causa cualquiera, la había convertido en mi secretaria.

—Sí —dije—. Pero no le vi.

—¿Y a Cora Grey?

La miré con asombro.

Sé que lo hice porque Ruth me mostró su bella garganta cuando echó la cabeza atrás para reír, y fue en aquel momento y, desde que la conocía, cuando por primera vez deseé besarla.

Pero me contuve porque ella volvía a la carga con una nueva pregunta:

—Le sorprendí, ¿verdad?

—Aunque vuelva a reírse de mí, Ruth, lo cierto es que es así. ¿Cómo lo sabe?

Ahora no se burló.

Simplemente se limitó a decir:

—Cuando vivía, «*mistress*» Stillman y yo hablamos de algunas cosas, ¿comprende?

—Entre otras, ¿de cuáles?

Me dedicó una nueva y fascinante sonrisa.

Fascinante.

Pero no pude pensar mucho al respecto, ya que en aquel momento, como si adivinara cuáles eran o iban a ser mis pensamientos, Ruth contestó:

—Me dijo que era amiga de Cora Grey. Que la conoció cuando ella era bailarina de uno de los clubs nocturnos de Broadway, donde le conoció a usted.

No respondí.

Meditaba en sus palabras, por lo que dejé transcurrir varios segundos de silencio hasta que dije:

—¿Nada más, querida?

—Nada más.

Vacilé un poco más.

—Y de Nichols, ¿le dijo algo alguna vez?

Me miró, suspicaz.

—Escuche, «pesquisa», si cree que «*mistress*» Stillman tenía un «*affaire*» con Nichols u otro cualquiera, se equivoca.

Arqueeé una ceja, mientras Ruth me miraba fijamente.

—Si no es así —pregunté—, ¿por qué se marchó de mi lado?

Me mostró sus dientes pequeños e iguales en una nueva sonrisa y replicó:

—Eso, «míster» Stillman, no lo sé. Pero sí estoy segura de que le amaba.

—¿Sí...? ¿Y cómo lo...?

Me interrumpió.

—Muchas veces me afirmó que le amaba. Ahora, si me engañó, yo le estoy engañando a usted.

Sin replicar, me puse en pie.

Vi el tic nervioso de sus cejas cuando lo hice, y a continuación me imitó.

—¿Ya se marcha, «pesquisa»? —preguntó.

La miré de pies a cabeza.

Mareaba, pero, a pesar de eso, dije:

—Sí, Ruth. Estoy cansado. Han sido demasiadas cosas en un día.

No me respondió, y en su rostro tampoco pude ver se sentía defraudada o no.

Calladamente, me acompañó a la puerta de salida y la abrió:

—Buenas noches, Richard —dijo suavemente.

No sé por qué lo hice, pero fue entonces cuando la tomé entre

mis brazos, me incliné sobre sus labios y los besé suavemente.

La aparté antes de que pudiera responder, si es que verdaderamente quería hacerlo.

—¡Oh...!

Eso fue lo que dijo, pero ya a mi espalda, porque yo había dado media vuelta y, sin volverme, me estaba acercando al ascensor.

Pulsé el botón de llamada y esperé.

Cuando, unos segundos antes de entrar en aquél, me volví para mirarla, Ruth todavía estaba en el centro del umbral de la puerta, mirándome sin parpadear.

Abrí la puerta del ascensor, entré, cerrando a mi espalda y pulsé el botón que debía conducirme a la planta baja.

Alcancé la calle y, con aquélla, el «Mercedes».

Pensaba en mi cita con Cora Grey.

Consulté el reloj, demasiado temprano.

Maldije, al ponderar que debí quedarme con Ruth un poco más, pero aquello, indudablemente, sólo hubiera servido para complicar aún más las cosas.

Conduje hasta Broadway, buscando un club nocturno.

Cuando lo abandoné, eran las tres y cuarto de la madrugada.

Era tarde para mi cita con Cora, pero aun así conduje hasta el 3080 de Madison.

Piso ocho, apartamento
304-B.

Entré en el portal y pulsé el automático de la luz.

Miré la tablilla indicadora.

Cora Grey vivía allí, lo que probaba, con creces, que no me había mentado.

Consulté el reloj, unos segundos antes de encaminarme hacia la escalera, despreciando el ascensor.

Las cuatro de la madrugada.

Sesenta minutos de retraso. Posiblemente, Cora ya se habría acostado, pero aun así, continué subiendo, dispuesto a despertarla.

Me intrigaba su actitud en el «Pinnacle», así como también las palabras de Ruth... con su belleza pelirroja y sus piernas de ensueño.

Con sus ojos...

Divagaba.

Dejé de hacerlo, al alcanzar el pasillo del piso octavo, con los pulmones poco menos que en la boca.

Busqué el número 304 y la letra B, y cuando los tuve delante de mis narices, levanté la mano y hundí el dedo en el botón del zumbador.

Nada.

Silencio.

Esperé cerca de un minuto, y llamé por segunda vez, con la misma respuesta anterior. O Cora tenía el sueño demasiado pesado, o aún no había vuelto a su apartamento.

Llamé por tercera vez.

Nada.

Vacilé unos segundos, y tanteé la puerta.

En el acto me sobresalté.

Estaba abierta. Simplemente entornada, y entonces, sin saber a ciencia cierta lo que hacía, la empujé suavemente hacia dentro, sirviéndome de la puntera de mi zapato derecho.

Desde el umbral, escuché.

Nada, silencio absoluto, pesado, y la oscuridad frente a mí.

Avancé un paso hacia el interior, con lo que crucé el umbral, y ya con la automática en la mano, cerré a mi espalda y también en silencio, tanteé la pared, buscando el interruptor de la luz, y la encendí.

Nada.

El silencio continuaba.

Avancé unos cuantos pasos más; el «*living*». Cora no se encontraba allí... pero sí en el interior de su dormitorio, caída sobre la espesa alfombra, y, al verla, me tambaleé cuando el recuerdo de Dora, y cómo la había visto junto a aquel banco de Central Park, me golpeó el cerebro en forma arrolladora, porque ella también tenía un balazo en el centro del pecho.

¿Quién y por qué?

Era la misma pregunta que ya me formulara infinidad de veces, desde el asesinato de Dora, y para la cual, como entonces, tampoco tuve respuesta.

Me acerqué un poco, y entonces vi el casquillo.

Procedente de una automática de gran calibre. Quizá de la misma automática que se empleara para asesinar a Dora.

Pensando en el teniente Mac Donald, me incliné y lo recogí del suelo.

Lo guardé en el bolsillo y me acerqué más, mirándola como fascinado, pensando, por primera vez, que lo que deseaba decirme se lo había llevado con ella a la tumba.

Repentinamente, recordé al teniente Mac Donald.

¡Mis huellas!

Me esforcé por recordar los objetos que había tocado, en el interior del apartamento.

Ninguno.

Es decir, dos, que recordara: El interruptor de la luz del interior del apartamento, el del automático de la escalera y nada más.

Empecé a retroceder, buscando la salida.

Cora, que ya no diría nada más, no exhibiría nunca más su belleza a los clientes del «Pinacle», y pensé que Nichols se estaba quedando sin sus mejores estrellas.

Cora y Dora, esta última mi esposa, las dos asesinadas del mismo modo, pero en aquellos dos asesinatos había un detalle curioso: A Cora no la habían golpeado antes de matarla, y me pregunté por qué, justo en el momento en que alcancé la puerta que daba acceso al pasillo.

La abrí y crucé el umbral, cerrándola a mi espalda, no sin antes haber lanzado una mirada fugaz a lo largo y ancho del mismo.

Descendí por la escalera, despreciando una vez más el ascensor.

Sobre la acera, volví a mirar alrededor, pero no logré ver nada sospechoso, y entonces dudé entre llamar a la policía o no hacerlo, hasta que recordé la huella dejada en el zumbador de la puerta.

Crucé la calle, abrí la portezuela del «Mercedes» y me coloqué frente al volante.

Embragué.

Mi destino era mi apartamento, y mis próximos movimientos...

Bueno, había una visita pendiente para Nichols, y nada más.

Cora Grey era una buena pista. Había sido una buena pista, pero ahora estaba muerta. ¿Por qué? ¿Porque alguien, en el interior del «Pinacle», la vio hablar conmigo?

Era posible, pero no seguro.

Una pista... ¿Por qué no?

Quedaba aquella joven. ¿Cómo dijo Cora que se llamaba? ¡Ah,

sí! Margaret.

¿Ir a verla al «Pinacle»?

La idea no era viable, teniendo en cuenta el asesinato de la Grey, pero podía averiguar de un modo u otro donde vivía. Ruth podía hacerlo.

¿Ruth...?

Tampoco me gustaba meterla en aquello, a pesar que ella lo había hecho por propia voluntad al mentirle cínicamente.

¿Ruth y Dora?

¿Cuántas cosas se habrían contado entre ellas, y que la primera no me había contado a mí?

Muchas, quizá muchas más que las que yo mismo podía suponer.

Conduje hacia el garaje, guardé el coche y, sin dejar de pensar, me encaminé a mi apartamento.

Abrí, como cosa lógica, utilizando mi propio llavín.

Encendí la luz del pasillo, continué hasta el «*living*», encendí también, di un par de pasos hacia el lugar donde tenía las botellas de licor y nada más, porque en aquel momento algo se abatió contra mi cabeza.

Lo último que recuerdo de aquello es el suelo subiendo hacia mí a velocidad vertiginosa, y nada más.

Abrí los ojos, con la vaga sensación de que alguien me estaba mojando las sienes y el rostro con un pañuelo o una toalla.

Una minifalda, unas largas piernas y...

¡Ruth!

Me puse en pie de un salto, y la nuca me dio una dolorosa punzada, que me hizo vacilar.

—¡Oh!

Me llevé, las manos allí, y la oí reír.

Intenté fulminarla con la mirada, cosa que no logré, ni mucho menos, y que tampoco pareció impresionarla, ya que se quedó allí, mirándome fijamente, hasta que preguntó:

—¿Se puede saber qué le ha ocurrido y quién le ha puesto el apartamento de este modo?

Fue entonces cuando me di cuenta, por primera vez, que el «*living*» estaba completamente revuelto, y posteriormente, de que mi despacho había sufrido los mismos efectos, así como el dormitorio.

—No lo sé —repliqué, lanzando una mirada alrededor—. Vamos,

venga conmigo.

Vino detrás, sin pronunciar palabra, mientras me daba cuenta de que ya era completamente de día.

Entre los dos lo registramos palmo a palmo.

No faltaba nada.

No, pero fuera por lo que fuese, lo habían registrado buscando alguna cosa de la que yo no tenía ni la más ligera idea.

Respondí a la no formulada pregunta de Ruth:

—Al parecer, el que sea anda buscando algo. Entré cuando menos lo esperaba, y me golpeó en la nuca.

No me replicó y, silenciosamente, regresé al «*living*» llevándola detrás.

—Casi apostarí a que, al oírme llegar, se escondió detrás de la puerta, después de apagar las luces.

—¿El asesino?

—No necesariamente, Ruth, aunque todo cabe en lo posible —hice una ligera pausa y pregunté—: ¿Qué es lo que ha ocurrido, querida? ¿Cómo vino hasta aquí y, sobre todo, cómo diablos entró?

Arqueó una de sus bonitas cejas.

—Hay un juego de llaves en uno de los cajones de mi mesa despacho, «míster» Stillman —me miró pensativa y añadió—: Verá, estaba tardando demasiado y... y telefoneé aquí varias veces hasta que... hasta que... me decidí a venir. Y me dio un buen susto, «pesquisa», cuando le vi tendido ahí, sobre la alfombra... hasta que comprendí, sin necesidad de examinarle, que estaba vivo.

Caí en la trampa como un imbécil.

—¿Sí...? ¿Y cómo es eso? —pregunté.

—Porque los tipos como usted tienen la cabeza demasiado dura querido.

—¿Sí...? —retruqué—. Y, dígame, ¿conoció a muchos?

Abrió los ojos, que chispearon.

—Pero oiga, figón del diablo, ¿qué cuernos le importa a usted?

Me encogí de hombros, no deseando continuar por aquel terreno.

—De acuerdo, Ruth —fue lo que repliqué—, ¿por qué no es una buena chica, deja esta conversación para más tarde y prepara el desayuno?

Su argentina carcajada repiqueteó en el interior de mis oídos

como un extraña y alegre música y, acto seguido, oí su pregunta:

—Pero, «pesquisa», ¿es que no se ha fijado en la hora qué es?
Consulté el reloj, y parpadeé, asombrado.

—¡Cuernos!

La miré, me acerqué a ella y la prendí del brazo.

Era la primera vez que lo hacía, y al instante vi cómo sus ojos se fijaban en los míos, y adiviné al mismo tiempo que pugnaba por hacerme una pregunta, que finalmente no formuló.

Tiré hacia la puerta, notando que la nuca me continuaba doliendo, y me palpé con la otra mano. Tenía un bulto del tamaño de un huevo de paloma, pero no pude maldecir, ya que, en aquel momento, Ruth preguntó:

—¿Dónde me lleva, Jefe?

—A comer, preciosa —dije—. Es decir, si usted acepta la invitación.

Abrió mucho los ojos.

—¡Querido! —exclamó—. Cuando pesque al tipo que le hizo ese bollo en la cabeza, le daré las gracias.

La miré, preguntando:

—¿Las gracias...? ¿Por qué?

Una vez más, me mostró sus dientecillos de perlas, en una amplia sonrisa.

—Porque le ha trastornado de tal modo, que hasta invita a comer a su secretaría. ¡Y pensar que, a pesar de mis piernas, no lo ha hecho nunca...! ¿No es maravilloso, «míster»...?

—¡Un... un...!

—¡Cuerno, querido! —completó ella con absoluto desparpajo—. ¿No era eso lo que iba a decir?

Opté por no replicar, y continué tirando de su brazo hacia la puerta de salida.

Y fue al llegar junto a aquélla cuando dije:

—Ahora, Ruth, voy a besarla a usted.

No dijo nada, no cambió de expresión, se limitó a soltarse de mi mano, me enfrentó y, acercándose a mí, puso las suyas sobre mis hombros, ofreciéndome los labios.

La abarqué por la cintura, y ahora el beso que nos dimos fue muy distinto al que yo le diera en su apartamento, no hacía muchas horas.

A continuación, salimos del mío, llevándola yo de la cintura.

CAPÍTULO V

Dejé a Ruth en el ascensor que debía conducirla a mi oficina, con la promesa de que le telefonaría más tarde, y, una vez más frente al volante, conduje hacia el «Pinacle».

Meditando sobre el asesinato de Cora Grey, que ya daban todos los diarios de Nueva York, y extrañado en grado sumo de que el teniente Mac Donald no se hubiera presentado, o bien en mi apartamento, o en su defecto, en mi despacho.

A aquella hora, el club estaba vacío, si se exceptúa la presencia del barman.

Desde el último escalón lancé una mirada alrededor, y luego, muy lentamente, me acerqué a la barra.

No esperaba encontrar allí a Nichols, no a aquella hora, pero sí la dirección de Margaret. Sabía, o por lo menos tenía casi la total seguridad, de que el tipo que había en la barra, de largas patillas y pelo a lo

«ye-yé»,
me la daría.

No había nada de malo.

Alancé la barra, ante la mirada curiosa del tipo en cuestión, arrastré hacia mí uno de los altos taburetes, y me senté.

Eran las dos de la tarde, cuando pedí:

—*Whisky*, por favor.

Me lo sirvió en silencio y, cuando se apartaba de mí, le llamé.

—¿Sí...? —dijo.

Le miré pensativamente.

—Bueno... —vacilé un poco—. Anoche conocí aquí a una muchacha que me dio las señas de su apartamento, pero las perdí.

Me miró, suspicaz.

—¿Y la conozco yo?

—Seguro —repliqué—. Se llama Margaret.

No cambió de expresión.

—Margaret, ¿y qué más?

Tomé el vaso, y bebí un poco, antes de responder.

—Margaret —sonreía—. Por lo, menos, ella no me dijo nada más, aunque sospecho que en el papel que me dio puso su apellido, pero yo lo guardé en el bolsillo, sin leerlo.

—Sí, puede ser, pero aquí vienen muchas Margaret, ¿comprende?

Se mostraba difícil.

—Lo supongo —dije—. Pero la muchacha trabaja aquí como mesera.

Frunció el ceño.

—Aun así...

Introduje la mano en el bolsillo del pantalón, extraje un billete de diez dólares, y lo deposité sobre el mostrador.

—¿Le refrescaría esto la memoria?

Miró a todos lados, me miró a mí, lo guardó en el bolsillo y replicó con una pregunta:

—¿Quién es usted? —respondió.

Medité durante unos segundos hasta que llegué a la conclusión de que no tenía por qué negar mi nombre, y no lo hice.

—Me llamo Richard Stillman, amigo —repliqué—. Y ahora que lo sabe, ¿qué hay de mi anterior pregunta?

Volvió a lanzar una mirada alrededor de local, y dijo, casi sin mirarme:

—Se llama Margaret

O'Brien,

o por lo menos creo que es por ella por quien pregunta. Es decir si es...

Le interrumpí.

—¿Dónde vive?

Le vi vacilar una vez más.

—La verdad es que no sé si debo... Oiga, por diez dólares no voy a perder mi empleo.

—No lo perderá —bebí otro poco, sin que me interrumpiera, y añadí—: Nadie va a saberlo, pero, aunque se supiera, ella me dio sus señas, y yo tenía que verla en su apartamento a las tres y media de esta tarde. No, no perderá el empleo, ni mucho menos.

Dudó, luchando consigo mismo, entre darme las señas de la muchacha o devolverme los diez dólares, hasta que optó por lo primero.

—En un edificio de apartamentos de la calle 50. En el número 920, cerca de la Octava Avenida.

Terminé con el *whisky*, pagué, dándole una buena propina, y con el pensamiento puesto en el teniente Mac Donald y en Ruth, regresé al coche y enfilé Columbus, buscando el camino más corto hacia la calle 50.

Media hora más tarde, detenía el «Mercedes» frente al número indicado, entré en el portal y busqué en las tablillas indicadoras.

Allí estaba.

Margaret
O'Brien,
apartamento
509-C,
piso noveno.

Utilicé el ascensor.

Frente a la puerta, me detuve unos segundos, y, pensando en si me iba a encontrar con el tercer cadáver de la serie, hundí el dedo en el botón del zumbador.

No tuve que repetir la llamada.

Inesperadamente, la puerta se abrió, encuadrándola en el umbral, mirándome con sus grandes ojos, llenos de asombro.

—¡Usted! —exclamó al segundo siguiente de reconocermelo como el tipo de la noche anterior—. ¿Qué busca aquí? ¿Quién le ha dado estas señas...?

Intentó cerrar la puerta contra mis narices, pero no la dejé; empujé a mi vez, y ella, con un ligero grito de susto y protesta, se vio lanzada hacia atrás hasta el centro del recibidor.

Entré rápidamente, cerrando a mi espalda, cuando ella ya corría hacia el interior del apartamento.

Cuando la alcancé en el «*living*», tenía el teléfono en la mano y empezaba a marcar.

—¿Está llamando a la policía, preciosa? —pregunté.

—Espérese aquí, y lo sabrá, bastardo.

No me gustó el insulto, por lo que di un paso hacia ella, pero me detuve antes de tocarla.

—Llámela, querida —dije—, y puede que al teniente Mac Donald, de Homicidios, le interese saber las relaciones que la unían a Cora Grey y Dora Stillman, dos mujeres que han sido asesinadas.

Se le demudó el rostro, y el dedo que iba a marcar la última cifra se inmovilizó en el aire.

—¿Quién... quién es usted? —preguntó—. ¿Qué es lo que quiere?

Sin responder, me acerqué a uno de los mullidos sillones y me dejé caer en él.

—Richard Stillman, querida —respondí, apenas lo hube hecho—. El marido de...

—¡No es cierto! ¡Miente usted!

Tampoco respondí, pero saqué mi tarjeta de identidad y curvé el dedo para llamarla.

—Acérquese y eche un vistazo a esto, preciosa —dije.

Soltó el auricular y lo hizo.

Me limité, siempre en silencio, a entregarle la cartulina. Margaret le lanzó un fugaz mirada y me la devolvió.

También sin pronunciar palabra, se dejó caer en otro de los sillones, frente a mí, y cruzó las bellas piernas con absoluto desenfado.

Y estaba pálida cuando lo hizo.

—Es... ¿es cierto que asesinaron a Cora, «pesquisa»? —preguntó.

Respondí con otra:

—¿No lee nunca los periódicos, Margaret?

Sus grandes y rasgados ojos azules me miraran fijamente, mientras que su roja y sensual boca se distendía en una mueca indefinible.

—No siempre, Stillman —dijo—. ¿Cómo... cómo fue...?

—Con exactitud no lo sé —respondí, mintiendo cínicamente—. Sólo lo que cuentan los periódicos —fingí que vacilaba, y continué al cabo de unos cuantos segundos de silencio, que ella no interrumpió—: Primero mi esposa y luego Cora. ¿Por qué?

Desvió los ojos de los míos, cuando preguntó:

—¿Espera que yo se lo diga, «pesquisa»?

—No lo sé —y añadí, al ver que ahora sí me miraba llena de asombro—. Usted las conocía a las dos.

Se quedó pensativa, mientras clavaba los ojos en forma

obstinada en sus preciosas piernas desnudas, hasta que respondió sin mirarme:

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Todo lo que usted sepa sobre las dos, monina.

—¿Sí...? Bueno, de Dora quizá pueda decirle alguna cosa. Ella, desde que se marchó a su casa, vivía aquí conmigo —señaló una de las puertas que daban acceso al *living*, y añadió—: Dormía en aquella habitación. Luego, si quiere, puede pasar a verla.

No respondí.

No, porque no podía, ya que aquello, para mí, constituía una sorpresa.

Pregunté, tan pronto como me rehíce un tanto:

—¿Cómo se llevaba con Nichols?

¿Se sobresaltó, o fueron figuraciones mías?

No tuve tiempo de pensar mucho en mi propia pregunta, ya que Margaret contestó en aquel momento:

—A Nichols le gustan las mujeres, «pesquisa».

—¿Se incluye usted también, querida?

Me miró a los ojos.

—¿Y por qué no? —preguntó a su vez—. Él es el jefe, el que paga, y una caricia y un beso no significan nada.

—¿Sólo una caricia y un beso, Margaret?

Me miró, suspicaz.

—Por el momento, sólo eso, «pesquisa».

—¿Y con Dora?

—Ambos se llevaban bien.

—¿Hasta qué punto?

Me entendió al instante.

—Bueno... les vi besarse más de una vez, pero eso no significa nada. No para Dora, ¿comprende?

—No.

—Dora y yo hablamos muchas veces. Nichols era el jefe de las dos, «pesquisa»... y eso es todo, respecto a Nichols y ella.

—¿Todo...?

—Escuche, Stillman. Dora era una buena muchacha, y usted lo sabe. El que ambos se equivocaran no significa nada, según mi entender. Dora y Nichols no tenían nada que ver el uno con el otro. Tal vez una cena de vez en cuando, un beso, pero nada más.

También me invitó y me besó a mí.

No era lo mismo; no para mí.

Pero no se lo dije.

Simplemente, me limité a formular una nueva pregunta:

—Ayer, alguien, en mi apartamento, me golpeó en la cabeza, después de registrarlo —dije—. ¿Qué sabe de eso, Margaret?

De nuevo vi brillar el asombro en sus bellos ojos.

—¿Pero... pero...? Oiga, ¿por qué no se larga al cuerno de una vez, y deja de molestarme, «pesquisa»?

Era todo un estallido y, aunque no tenía ganas de hacerlo, sonreí.

—¿Por qué no contesta a mi pregunta, Margaret? —pregunté a mi vez.

—Pero... No creerá que yo las maté, ¿verdad?

—No. Por lo menos, aún no, pero sí creo que está ocultando algo. ¿Qué es, preciosa?

Se puso en pie, pero no me moví del sillón.

—Nada, «pesquisa» —declaró con voz fosca—. Nada, ya que nada sé. Me preguntó cosas de Dora, y le dije la verdad de lo que sabía, pero nada más. Respecto al registro de su apartamento, ¿qué diablos...?

La interrumpí.

—No se sulfure, monina —dije—, que eso no conduce a nada —hice una ligera pausa y disparé—: Pudo hacerlo Nichols, ¿verdad?

—No.

—¿No...? Es posible, si Dora no guardaba algo que le perteneciera a él, ¿verdad?

Frunció el ceño.

—¿Dora... guardar algo de él...? ¿Y en el apartamento de usted...? No lo creo.

—¿Por qué? —repetí.

—Nunca me habló de ello, «pesquisa».

Abrió mucho los ojos.

—¿Nichols...? Bueno, él es capaz de muchas cosas, «pesquisa», pero no lo creo.

—¿No está mintiéndome, Margaret...?

—Pero... pero... Oiga, ¿quiere largarse de una vez... o ahora sí voy a llamar a la policía?

Abandoné el sillón y se interrumpió.

—Y de Cora Grey, ¿qué es lo que sabe? —pregunté, mirándola a los ojos.

—Lo que todo el mundo, «pesquisa». Que era la cantante del «Pinnacle», y nada más.

No respondí.

Meditaba, y no me gustaban los pensamientos que en aquel momento había en mi mente.

Hasta que contesté con una nueva pregunta:

—¿Puedo ver el dormitorio de Dora, Margaret querida?

El fruncimiento de sus ojos se suavizó.

—Sí, claro —replicó—. Ya se lo dije antes.

Entramos, yo detrás de ella.

Perdí media hora en registrarlo de punta a rabo, sin encontrar nada de interés.

Prendas de ropa, algunas de las cuales conocía sobradamente, pero ni un papel, ni una sola nota, que me dijera o me diera alguna luz sobre el motivo que la había llevado a la muerte.

Al terminar, me volví a mirarla.

Margaret me observaba curiosamente, según juzgué, y fue la primera que rompió el silencio que nos embargaba desde hacía bastante tiempo, y lo hizo con una pregunta:

—Nada, ¿verdad?

—No.

No respondió, y en silencio dio media vuelta y abandonó el dormitorio, llevándose detrás.

Una vez en el «*living*», nos miramos a los ojos, exactamente como lo que éramos, como dos desconocidos. Formulé una pregunta:

—¿Quiere darme las señas de Nichols, querida?

Sus azules ojos brillaron.

—Vaya al club, si quiere verle, «pesquisa».

—No desea comprometerse, ¿verdad?

—No, ni mucho menos.

—Vamos, Margaret —dije, después de una ligera pausa—, sea una buena chica y deme esas señas. Me interesa ver a Nichols. Es por Dora, y Dora fue su amiga, ¿recuerda?

Vaciló, hasta que por fin lo hizo, diciendo al terminar:

—Si Nichols se entera de esto, «pesquisa», y me despide, le

arañaré.

—No lo sabrá, preciosa, no por mi boca.

Pareció quedar satisfecha y lo que dijo fue:

—Se marcha ahora, ¿verdad?

Pensé de nuevo.

¿Qué me quedaba que hacer allí? Nada. Absolutamente nada.

Su respuesta me desconcertó:

—Vuelva cuando quiera, «pesquisa». Aquí siempre será bien recibido.

No respondí.

Di media vuelta y alcancé el pasillo y luego la puerta de salida.

Me volví a mirarla, antes de abrir.

—Volveré, muchacha —dije.

Me incliné y la besé en la nariz.

Al hacer ademán de regresar a la puerta, ella dijo:

—Espera, querido. Yo siempre devuelvo lo que me dan.

Y enlazó sus brazos en mi cuello.

Resultado: Abandonamos su apartamento, los dos juntos, tuteándonos, y tuve que llevarla al «Pinnacle» en mi coche. La dejé en la puerta posterior, besándola en los labios, como despedida, claro, y acto seguido fui a la principal.

Deseaba hablar con Nichols, si es que se encontraba en el club, pero tenía el pensamiento puesto en el teniente Mac Donald.

CAPÍTULO VI

Nichols se encontraba sentado detrás de una gran mesa despacho, abarrotada de papeles, y no se levantó al verme entrar, pero sí dijo:

—Pase, «pesquisa», y siéntese.

Lo hice lentamente, estudiándole como estaba seguro de que él me estudiaba a mí.

Era alto, llevando sobre su fuerte figura un traje gris, que pregonaba a mil millas de distancia que había sido confeccionado por uno de los mejores sastres de Nueva York.

Rubio, de ojos pardos y mentón cuadrado, daba la impresión de ser uno de esos hombres que saben valerse por sí mismos en todo momento y sin ayuda de nadie. Joven, pues su edad oscilaría entre los treinta y los treinta y cinco años.

—¿No se sienta, «míster» Stillman?

Tranquilo, quizá demasiado tranquilo para mi gusto.

—De acuerdo —dije.

Y lo hice en uno de los sillones, frente a él, de un modo que no pudiera dejar de observarme, así como yo tampoco.

—¿Bien...?

Dudé unos segundos, y por fin repliqué:

—Deseo que me hable de Dora, Nichols —dije.

La expresión de su rostro no cambió cuando preguntó:

—¿Por qué?

Me armé de paciencia.

—Dora era mi esposa, y la mataron. Es una buena razón, ¿verdad?

—Sin embargo, Stillman, ella no vivía con usted.

—Aun así, continúa siendo una buena razón.

Pareció pensar profundamente, antes de responder:

—¿Qué es lo que quiere saber, «pesquisa»?

—Todo lo que usted conozca sobre ella, Nichols.

De nuevo vi la duda en su actitud, hasta que dijo:

—Un día vino aquí, Stillman, a pedir trabajo, y se lo di. La vi actuar en más de una ocasión en Broadway, y era buena.

—¿Nada más?

—De momento, no.

—¿Y luego?

Frunció el ceño, y recordé a Margaret sin saber por qué.

—Bueno, salimos juntos algunas veces... pero nada más. Una buena amistad, tanto si me cree como si no, «pesquisa». Si la mataron, yo no lo hice, ni tampoco sé por qué.

—¿Qué amistades tenía?

—¿Aquí en el club?

—Sí.

De nuevo frunció el ceño.

—No lo sé —dijo—. No fiscalizo la vida privada de mis empleados, sean o no cantantes o bailarines. Si lo hiciera, mi establecimiento se iría al diablo, y usted lo sabe.

No hice caso y pregunté:

—¿Algún otro hombre, Nichols?

Se puso en pie y le imité.

—Escuche, Stillman —dijo fríamente—. Le he recibido aquí porque se trataba del marido de Dora y nada más, pero eso no me obliga a aguantar sus impertinencias...

—¿No...? —interrumpí.

—No. Y por otra parte, debo decirle que la policía ya me interrogó con respecto a «*mistress*» Stillman, ¿entiende? Por tanto, no tengo que añadir nada más a lo dicho.

—Anoche —dijo fríamente, haciendo como si no le hubiera oído—, alguien registró mi apartamento —me palpé la nuca y añadí—: Me gustaría saber quién lo hizo, y qué guardaba Dora que, por conseguirlo, llegaron hasta el asesinato. ¿Lo sabe usted, Nichols?

Sin responder a la mía, contentó con otra pregunta:

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión, «pesquisa»?

—Atando cabos. Llevo tres años ejerciendo como detective privado en Nueva York, y jamás hicieron eso conmigo. Repentinamente, matan a mi esposa —y mi voz se enronqueció—, y me golpean y asaltan mi apartamento. Ahora, Nichols, teniendo en

cuenta todo esto, si sabe alguna otra razón, dígamela.

—Ya hablé con la policía, «pesquisa».

Sonreí.

No quería hacerlo, pero aún en contra de mis propios deseos, sonreí.

—¿También respecto a Cora Grey?

Su respuesta, traducida en una nueva pregunta, vino a mí con la misma rapidez que una bala:

—¿Qué quiere decir, «pesquisa»?

—Que la noche antes, en la barra de este club, estuve hablando con ella, y luego murió. Ate cabos.

—Lo intento, pero no consigo nada. ¿Por qué no me lo dice usted, Stillman?

Le miré calladamente por espacio de varios segundos y dije:

—Correcto, Nichols, voy a decírselo: Cora Grey como amiga de mi esposa, como cantante y bailarina de su club, podía saber muchas cosas con respecto al asesinato... y tal vez por eso la mataron. Dos mujeres, y ambas trabajaban aquí y para usted.

Tampoco cambió de expresión cuando preguntó:

—¿Y eso qué quiere decir, «pesquisa»?

—Que si averiguo que fue usted el que hizo todo esto, no irá a parar a ningún tribunal, Nichols, porque seré yo el que le agujeree el pellejo. Y ahora, si cuando salga se lo quiere contar al teniente Mac Donald, por mí no hay ningún inconveniente.

Di media vuelta, me acerqué a la puerta, la abrí, y él continuó a mi espalda, sin decir nada, completamente inmóvil.

Crucé el umbral.

Minutos más tarde alcancé el salón del club y me encaminé directamente a la barra, pensando en Ruth.

Mi hermosa y pelirroja secretaria se estaría preguntando dónde diablos me había metido, ya que no telefoneé en todo la tarde, ni para preguntarle por el teniente Mac Donald.

—*Whisky* —pedí tan pronto como me acomodé sobre uno de los taburetes.

El barman me lo sirvió, no sin antes lanzarme una mirada de través, y yo tomé el vaso y me volví a mirar las parejas que bailaban en la pista.

Y vi algo más.

El tipo joven y atildado que allá al fondo, muy cerca de los cortinajes que ocultaban los reservados y los camerinos, hablaba animadamente con Margaret.

Los observé detenidamente hasta que vi cómo la besaba fugazmente, como a escondidas, para alejarse a continuación hacia la puerta de la calle.

Continué observándola.

Margaret se apartaba ahora de las cortinas, y empezaba a deambular entre las mesas, exactamente como hacía todas las noches.

Recordé a Ruth, al llevarme el vaso a los labios, y ¿cómo no?, también recordé mi vacío apartamento y lo solo que me encontraba en él, desde que faltara Dora. Dora, a la que habían asesinado.

Maldije inútilmente, y solté el vacío vaso sobre el mostrador.

Pagué y salí a la calle, meditando sobre muchas cosas.

Mi apartamento.

Me encontraba cansado, con la mente convertida en un verdadero caos, y sin embargo, sabía que no lograría dormir.

Lo pensé así cuando introduje el llavín en la cerradura y abrí la puerta, para quedarme clavado en el umbral, mirando la que daba acceso al «*living*», un tanto abierta, y el chorro de luz que surgía de allí, iluminando un tanto el pasillo.

Mi mano voló a la axila.

Sin cerrar la del apartamento, con el Colt en la mano, avancé paso a paso, con la espalda pegada a la pared, y maldije entre dientes, por lo menos una docena de veces, cuando la abrí de un empujón y vi a la que en aquel momento se levantaba del sofá, donde había permanecido tendida leyendo una de mis revistas, y que me enfrentaba con un tanto de sobresalto.

—«Míster» Stillman...

—¡«Míster»... cuernos! —estallé—. ¿Qué diablos hace aquí? ¿Cómo ha entrado?

Me sonrió con un ligero sonrojo en sus mejillas de terciopelo.

—Lo mismo que la otra vez, «pesquisa» —dijo—. Y en vez de gritar y enfadarse a estas horas de la madrugada, debería darme las gracias. ¿O no se ha dado cuenta de que lo he arreglado todo?

Era verdad.

Ruth había puesto cada cosa en su sitio, y del registro de la

noche antes no quedaba rastro, y el apartamento, por lo menos lo que tenía delante de mis ojos, brillaba de puro limpio.

Pero no quise darle la razón.

—Lárguese a su casa —fue lo que dije.

Y señalé hacia atrás, hacia la puerta del apartamento, por encima de mi hombro izquierdo.

—¡Pero, «pesquisa»! —se escandalizó—. ¿Dónde va una chica a estas horas por las calles de Nueva York?

—¿Se iría al diablo, si se lo pidiera, Ruth?

—No, claro que no —hizo una ligera pausa, se dejó caer sobre el sofá—. Se está muy bien aquí, «pesquisa», y usted está muy solo.

Arqué una ceja.

—¿Y...?

—Voy a quedarme aquí, si de verdad no me echa.

No respondí.

Era algo que no entendía, y me esforzaba por hacerlo.

—¿Por qué?

Se escandalizó:

—Pero, «pesquisa» —se burló—. Eso, usted, como detective privado, debería saberlo ya, ¿verdad?

Tampoco contesté.

Me limité a sentarme en uno de los sillones, y lié y encendí un cigarrillo, sin ofrecerle a ella.

Entonces fue cuando decidí cambiar de conversación.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Ruth? —pregunté.

Al instante noté cómo cambiaba su expresión.

—Tuve una visita, «pesquisa» —dijo—. Una visita que admiró mis piernas, habló de los tipos con tanta suerte como usted, y luego me preguntó que si le había visto.

—¿Qué fue lo que dijo Mac Donald?

—Nada y mucho, «pesquisa» inteligente.

Formulé una nueva pregunta:

—¿Te dijo para qué me buscaba?

Por unos segundos, cerré los ojos cuando se inclinó hacia mí y la amplia abertura del escote de su blusa quedó frente a mí.

—Si pasas tu cariñoso brazo por mi cintura y me das un beso, Richard, te lo diré.

Se inclinó más, vacilé un poco y nuestros labios se unieron en un

prolongado beso.

Ya no la solté.

Mi brazo continuó rodeando su breve talle, sin que ella protestara por la confianza que, por otra parte, me había pedido con entera desfachatez.

—De acuerdo —dije—, ya te di el beso, y te daré otro, si contestas a mi pregunta. ¿Para qué quiere verme el teniente Mac...?

—No lo sé con seguridad, Richard, pero me dio a entender que ocurría algo respecto al asesinato de esa Cora Grey del «Pinacle».

—¿Sí...? ¿Y por qué?

—Continúo sin tener seguridad en nada, «pesquisa», pero, de un modo u otro, Mac Donald relaciona una muerte con la otra. Y lo que es peor es que... es que...

—Suéltalo de una vez, ¿quieres?

Me besó en los labios, fugazmente, y se apartó, antes de que pudiera corresponder a la caricia.

—Es que no sé lo que ocurre, Richard, querido, ¿sabes? Él no se mostró como otras veces. No gritó, no amenazó, y eso es lo chocante. Se mostró suave, casi cariñoso, sonriendo en todo momento, y me dio mala espina.

A mí me ocurría igual, pero no se lo dije.

Sencillamente, me limité a responder:

—Estuve, como sabes, en el apartamento de Cora Grey, y dejé una de mis huellas en el zumbador de la puerta.

Palideció.

—¡Richard!

No hice caso.

Me limité a cambiar de conversación, cuando pregunté:

—¿Por qué no me cuentas cosas de Dora, Ruth? Tú la conocías un poco. ¿En qué clase de lío estaba metida?

Arqueó una ceja, y noté la presión de su mano sobre la mía, que continuaba en su cintura.

—No lo sé, «pesquisa». Ella no era mala, pero tenía diferente criterio al tuyo. Por eso se fue... o por lo menos eso es lo que creo yo. No era mala, y, sin embargo, frecuentaba compañías que no le convenían.

Aquello era nuevo para mí, por lo que pregunté:

—Dime una, ¿quieres?

—No es fácil, Richard —contestó—. Dora se crió entre las gentes de Broadway, los *cabarets* de la Quinta Avenida, Madison y... cualquiera sabe qué más. Tenía amigos y amigas, sin que con eso quiera decir que hubiera nada sospechoso, pero un par de veces o tres le vi en compañía de tipos que no me gustaron.

—¿Dónde?

—En el despacho.

Supe que era una tontería lo que iba a decir, pero, a pesar de aquella creencia, formulé la pregunta:

—¿Por qué no me lo dijiste, Ruth?

—Porque ella era la mujer de mi jefe, y le debía lealtad. Tanto o más que la que te debo a ti.

—¿Merecía la pena, querida?

Me miró con los ojos muy abiertos.

—Ésa es otra de las cosas que no sé con certeza, querido —respondió.

Callé.

Meditando una vez más, hasta que rompí el silencio con una nueva pregunta:

—Dime, Ruth —dije—, ¿registraste el apartamento?

Me entendió en el acto.

—Sí —afirmó—, pero no encontré nada. Lo que buscara el que registró todo esto, o bien lo encontró y se lo llevó, o no estaba aquí.

No repliqué.

Mientras tanto, Ruth no se apartaba ni hacía nada por separar mi brazo de su cintura.

Me miraba a los ojos, esperando no sabía qué.

No lo hice hasta pasados unos segundos.

—¿Qué sabes de Nichols?

Sus ojos chispearon.

—Lo que todo el mundo, querido.

—¿Y qué es lo que sabe todo el mundo, Ruth?

—Que es una mala bestia, al que gustan toda clase de mujeres.

—Incluso Dora, ¿verdad?

—Incluso «*mistress*» Stillman, aunque ella no era de ésas, ¿comprendes?

—¿No...?

Apartó suavemente mi brazo de su cintura, abandonó el brazo

del sillón donde continuaba sentada, mostrando ante mis ojos la belleza de sus piernas envueltas en nylon calado y negro, y se puso en pie, mirándome a los ojos con los suyos, profundos y misteriosos.

—Escucha, «pesquisa» idiota —empezó consoladoramente—. Dora no era de ésas, por mucho que creas lo contrario. Y te amaba, tanto como me odiaba a mí.

Me sobresalté.

—¿Qué...?

—Nada más cierto, Richard. Un día entró en mi despacho, cuando tenía una fotografía tuya en las manos. Discutimos y me acusó, y no negué, porque era verdad. Te amé desde el primer día en que te conocí —engalló la cabeza con gesto de desafío y prosiguió—: Dora lo sabía, y de ahí su odio en mi contra. ¡Ah!, y no me importa lo que puedas pensar de mí, después de esta declaración.

No pude contestar.

Dio media vuelta y se acercó al mueble bar, y de allí al frigorífico.

Cuando, minutos más tarde, regresó a mi lado, llevaba en las manos dos altos vasos de *whisky* más que mediados de licor con cubitos de hielo.

Me dio uno, en el más completo silencio, que acepté del mismo modo.

Bebí un poco y al terminar, pregunté:

—¿Algún amigo en particular, además de Nichols, Ruth?

Arqueó levemente una de sus finas cejas.

—¿Te refieres a Dora?

—¿A quién si no?

—Pues no... por lo menos que yo sepa, «pesquisa». Y... ¿por qué no hablamos de otra cosa?

—¿Sí...? ¿Y de qué?

—¡Oh! Pues... pues de la innegable belleza de mis piernas, de mi carrocería, de mí «*sexy*» de... de mi yo... ¿No es así?

Solté una maldición, y se burló de mí, mientras levantaba el vaso para llevárselo a los labios.

La oí reír y luego bebió un poco.

Me encontraba en pie, cerca de ella, cuando terminó de beber.

—Se está haciendo tarde, Ruth querida —dije—, y tengo que

descansar.

CAPÍTULO VII

Ni siquiera pensaba en Dora, tampoco en Ruth, ni en el teniente Mac Donald, en el momento en que detuve el «Mercedes» frente al edificio donde vivía Margaret.

Subí por la escalera, despreciando el ascensor, peldaño a peldaño, coordinando un tanto mis ideas, cosa que no conseguí, ni mucho menos, por lo que cuando me encontré frente a la puerta que daba acceso al suyo, me hallaba en el mismo lugar que antes.

O sea; dando palos de ciego.

Llamé, empleando para ello el botón del zumbador.

Nadie contestó a mi llamada, por lo que fruncí el ceño.

Volví a llamar.

El silencio más absoluto fue la respuesta a mi nuevo intento.

Tanteé la puerta, estaba cerrada, por lo que miré a mi alrededor y a continuación, obedeciendo quizá a un súbito impulso de mi subconsciente, introduje la mano en el bolsillo y del mismo extraje un manojo de ganzúas, que hubieran causado la admiración del teniente Mac Donald, aunque no su simpatía, ni mucho menos.

De nuevo miré alrededor, antes de introducir la primera en el ojo de la cerradura.

Medio minuto más tarde entraba en el apartamento de Margaret, llevando la automática Colt en el bolsillo derecho de mi americana y el sombrero un tanto echado sobre los ojos, y cuatro más tarde sabía que en el apartamento no había nadie, que el lecho donde ella dormía había sido tocado... y nada más, por el momento.

Empecé a registrar, sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía buscando tampoco sabía el qué.

No encontré nada hasta llegar al ropero, y en uno de los cajones.

Un alargado y abultado sobre llamó mi atención, y lo tomé en mis manos.

Lo abrí.

Fotografías.

Sin saber aún lo que iba a encontrar, las examiné una a una, perdiendo la noción de todo hasta que encontré aquellas dos, y entonces mi mente empezó a trabajar a marchas forzadas.

Empezaba a anudar cabos, o por lo menos, yo lo creía así.

Por tanto, aparté aquellas dos fotografías, y guardé el resto donde las había encontrado.

Acto seguido, abandoné el apartamento, y ahora sí utilicé el ascensor para descender hasta la planta baja.

Una vez más, desde que empezara todo aquel embrollo, me encontré frente al volante, conduciendo hacia la calle 16, donde tenía instalado mi despacho, pero no llegué, por el momento.

Cierto que esto no lo supe hasta minutos más tarde, y justo cuando detuve el «Mercedes» frente al primer semáforo que se me puso en contra.

Es decir, y hablando con propiedad, aún tuve tiempo de arrancar y de cruzar hasta la siguiente manzana, antes de que el coche aquel, empezara a pedir paso.

Me arrimé lo que pude al bordillo de la acera y, a través del retrovisor, le vi acercarse a velocidad casi suicida, y fruncí el ceño, aún antes de que se colocara a mi altura.

Entonces vi la enguantada mano.

Con una poderosa automática. Torcí el volante, en un desesperado intento de evadirme del plomo.

Los cristales saltaron, hechos astillas, mientras que sobre mi cabeza notaba el zumbido del plomo, y mi coche se subía a la acera para tropezar violentamente contra la pared opuesta.

El volante se me clavó en el pecho y, boqueando como un pez fuera del agua, caí sobre aquél, casi sin conocimiento.

Cuando logré recobrarme un poco, me rodeaba un pequeño grupo de curiosos, que iban engrosando de manera notable y desde la próxima esquina corrían hacia mí un par de policías de uniforme.

Intenté abrir la portezuela, cosa que conseguí casi al instante.

Salté sobre la acera.

Uno de los policías estaba disolviendo el grupo de curiosos, y el otro se me enfrentaba en aquel momento, llevando un bolígrafo en las manos y un cuaderno de notas.

—¿Qué diablos le ocurre a usted? ¿Es que está borracho?

Vamos, conteste.

—¿Vio al otro coche, agente? —pregunté a mi vez.

—¿El otro...? ¿Qué otro coche?

—Un «Opel Kapitän», agente —repliqué—. Me pidió paso, poco después de pasar aquel semáforo —se lo señalé— y a continuación se colocó a mi altura...

En aquel momento vio el orificio que había hecho una de las balas en uno de los cristales, y me interrumpió:

—Eso es un balazo, ¿no?

—Eso es lo que estaba intentando explicarle, agente.

Me miró largamente, antes de formular una nueva pregunta:

—¿Vio al agresor?

—No. En aquel momento sólo pensaba en desviarme de la línea de tiro, si es que podía hacerlo.

Me miró, suspicaz.

Y fue en aquel instante cuando formuló la pregunta que yo esperaba, por lo que, en respuesta a aquélla, extraje mi tarjeta de identidad y se la mostré.

Su expresión cambió, cosa que también esperaba.

—¡Vaya! —exclamó—, uno de esos «pesquisas» inteligentes —me miró largamente y preguntó—: Y ahora, Stillman, ¿por qué no me cuenta la verdad de todo?

Tardé unos segundos en responder y, una vez que la hube formulado, me di cuenta que mi respuesta no le satisfizo en modo alguno.

—En vez de estar aquí discutiendo conmigo, agente, ¿por qué no busca una cabina telefónica y se pone en contacto con el teniente Mac Donald?

Frunció el ceño, pareció dudar por espacio de unos segundos, y luego se volvió a mirar a su compañero que, a su vez, nos observaba en silencio, interesado en la conversación que sosteníamos.

—Quédate aquí unos minutos, Joss —dijo—. «Míster» Stillman y yo vamos a hablar con el teniente Mac Donald.

Asintió en silencio, y nos alejamos.

Entramos en un bar, miré la barra, la chica rubia que había detrás del mostrador y dije:

—Me encontrará en la barra frente a un *whisky*.

Me lanzó una larga mirada, y finalmente acabó por decir:

—De acuerdo, Stillman, pero no me la vaya a jugar. Ni a mí ni a los muchachos nos gustaría.

No respondí.

Fui a la barra, le guiñé un ojo a la rubia, me devolvió el guiño envuelto en una pícara sonrisa y preguntó:

—¿Qué va a tomar?

—Un *whisky*, querida —dije—. Y póngalo pronto, pues, según se pongan las cosas, cuando el tipo que me acompañaba termine de telefonear, a lo mejor me lleva a

Sing-Sing.

Desde luego no me creyó, pero ella abrió los ojos con asombro, y me lo sirvió sin pronunciar otra palabra y con la rapidez que el caso requería.

Lo mediaba cuando apareció a mi lado, como por generación espontánea, mi amigo el del uniforme.

—El teniente me ordena que le acompañe al precinto, «pesquisa».

—Me llamo Stillman, polizone —dije suavemente.

Y sin que viniera a cuento, pensé en las bellas y largas piernas de mi secretaria.

Me bebí el *whisky* de golpe.

—¿Nos vamos?

La pregunta del agente cambió el hilo de mis pensamientos, encauzándolos hacia otros lugares menos agradables.

—Cuando quiera.

Aboné lo consumido, lancé un beso a la rubia con la punta de los dedos, me hizo un mohín con los labios, y salimos a la calle.

El coche patrulla se encontraba estacionado en la esquina inmediata, y entré en él, llevándolos detrás.

—Al precinto, John —le dijo mi acompañante al que conducía.

El coche arrancó, me retrepé contra su mullido resido, y cerré los ojos.

Ya no los abrí hasta que no le oí decir:

—Hemos llegado, Stillman.

No respondí y, del mismo modo, en silencio, salté del coche y entré en el precinto número 3, llevándole, como en todo momento, detrás de mis talones.

La sonrisa con que el teniente Mac Donald me recibió en su

despacho, era mefistofélicamente sucia.

—Siéntese, «pesquisa» —dijo, apenas verme. Miró al agente que venía detrás de mi e indicó—. Puede marcharse ahora, muchacho.

El otro salió, quedamos frente a frente, entonces me senté y cabalgué una de mis piernas sobre la otra, poniéndome cómodo, ya que no sabía a ciencia cierta cuánto duraría mi comodidad y tranquilidad, pues aquélla iba a depender de la entrevista.

Sin dejar de mirarle, extraje el paquete de cigarrillos y se lo lancé sobre la mesa.

Lo cogió al vuelo, sacó un cigarrillo, lo encendió, me lo devolvió del mismo modo, y entonces preguntó:

—¿Qué es esto, Stillman, un intento de soborno?

—¡Váyase al cuerno! ¿Quiere, teniente? ¡Y déjese de bromas!

Su rostro se nubló y añadí, en vista de que aún no decía nada:

—¿Para qué me trajo aquí?

—Para que me lo cuente todo, «pesquisa» —respondió.

—¿Todo...? ¿A qué se refiere?

—A lo que me dijo el agente por teléfono. Vamos, Stillman, desembuche, ¿qué fue lo que ocurrió?

—Me dirigí a mi oficina cuando...

Lentamente, sin omitir ni una sola coma, ya que el asunto no podía comprometerme, por lo menos no más de lo que ya lo estaba, se lo expliqué todo.

Al terminar, preguntó:

—¿Quién le contrató para que metiera las narices en todo esto, aparte de la muerte de su esposa? Fue Nichols, ¿verdad?

Me eche a reír.

—Aunque no me crea, teniente, nadie me contrató, No voy a ganar un solo centavo en todo esto, sino la satisfacción de enviar al diablo al asesino de Dora.

Siguieron unos segundos de silencio, que el teniente rompió con una pregunta que sonó en el interior de mis oídos con la misma fuerza de un cañonazo:

—Y de Cora Grey, ¿qué es lo que sabe, «pesquisa»?

—Lo que dicen los periódicos, teniente. Que la mataron.

—¿Nada más?

—Nada más.

Fumó en silencio por un par o tres de segundos, sin dejar de

mirarme fijamente a través del humo, y al terminar afirmó fríamente:

—Voy a retirarle ahora mismo la licencia, Stillman. ¿Comprende?

Le comprendía demasiado bien, pero aun así pregunte:

—¿Por qué?

De nuevo volvió a reinar el silencio entre los dos, y una vez más lo rompió el teniente Mac Donald, ahora con una afirmación que yo estaba esperando desde el mismo momento en que nombró a Cora:

—Sé que usted estuvo en el apartamento de la Grey, Stillman. Responda, ¿a qué fue allí?

Sabía que era tonto negar, y no lo hice.

—Fui a verla, teniente. Quería hablar con ella, de mi esposa.

—¿La vio usted?

Vacilé, y él no me apremió. Simplemente me miraba con una de las cejas levemente arqueadas y los ojos tan fríos como el interior de mi frigorífico.

—Sí, pero no viva.

No respondió.

No lo hizo hasta que no hubo aplastado la punta de su cigarrillo contra el cenicero, mientras que el mío se consumía entre mis dedos, y por propia iniciativa.

—¿Por qué no me avisó, Stillman?

Me encogí levemente de hombros.

—De hacerlo, teniente —repliqué—, no hubiera servido de nada. Usted me hubiese traído aquí, donde hubiera pasado la noche en vela, entre pregunta y pregunta, que a nada hubieran conducido, porque yo nada sabía... y nada sé.

Sin hacer caso de mi afirmación, continuó preguntando:

—¿Vio al tipo que le disparó, «pesquisa»?

—No.

—Y seguramente, tampoco sabrá de quién se trata, ¿verdad?

La pregunta era en extremo sarcástica, y me puse en pie de un salto.

—Mi respuesta es la misma, teniente. No lo sé. Ahora, si cree lo contrario, deténgame y acúseme ante el Fiscal del Distrito. Si no es así, voy a irme ahora mismo. Acúseme, y le daré al Fiscal la misma versión de hechos que a usted. Nadie puede probar que yo la maté

por una huella más o menos en el zumbador de la puerta. Un buen abogado desbarataría la acusación, sin más prueba que ésa, y usted lo sabe, teniente.

—Correcto de todo punto, Stillman —dijo, ante mi estupor—, puede largarse, si quiere, pero como ya le dije una vez, no se ausente de Nueva York sin que yo lo sepa. ¡Ah!, y esto de ahora va a costarle la licencia si no algo más, y a pesar de ese problemático abogado suyo.

No respondí.

No deseaba seguir discutiendo, lo que verdaderamente quería era irme de allí, mucho antes de que se arrepintiera o le diera por registrarme y me preguntara por aquellas dos fotografías, por su significado, un significado que, por el momento, yo tampoco sabía.

—Lo tendré en cuenta, teniente —fue lo que repliqué.

No me contestó, por lo que di media vuelta, alcancé el umbral y salí a la calle, maldiciendo *in mente* al tipo que disparó contra mí, destrozando mi coche.

Detuve un taxi, casi en la misma puerta del precinto y di la dirección de mi oficina.

CAPÍTULO VIII

Encontré a Ruth sentada en el pico de la mesa de mi despacho, frente al tipo que yo menos podía esperar allí, y mostrándole las piernas, casi en su totalidad, con entera desfachatez.

Lanzó un pequeño grito cuando me vio, abrió mucho los ojos, y presentó al que en aquel momento se levantaba del sillón para enfrentarme.

—«Míster» Nichols —dijo suavemente—. Mi jefe, «míster» Richard Stillman.

Me tendió la mano, pero, a pesar de todo, no hubo cordialidad alguna en el apretón que nos dimos.

Tampoco saqué a Ruth de su error, ya que hice como si no le conociera, y a continuación le indiqué la puerta que daba acceso a mi despacho.

—Pase, ¿quiere?

No me respondió.

Dio media vuelta, la empujó y entró, llevándose detrás.

Cerré a mi espalda, diciendo:

—Siéntese, Nichols, y desembuche pronto. No puedo perder mucho tiempo.

Rodeé la mesa, y me senté frente a él, observándonos mutuamente.

—Quiero contratar sus servicios, Stillman —dijo repentinamente.

No dejé que mi rostro cambiara y pregunté:

—¿Cuándo ha llegado a esa conclusión?

Arqueó levemente una de sus pobladas cejas.

—No entiendo su pregunta, «míster» Stillman.

—¿No...?

—Desde luego no. ¿Qué está tratando de decirme?

—Sencillamente, que usted ha cambiado mucho desde la

primera y única vez que nos vimos, y yo quiero saber por qué.

No respondió, de momento.

Pensaba, y adiviné, modestia aparte, en lo que estaba pensando, con la misma exactitud que si lo estuviera leyendo en un libro.

Hasta que habló, pasando por alto mi pregunta anterior:

—Quiero al asesino de Cora, ¿comprende?

Antes de contestar, recordé las fotografías que tenía en mi bolsillo.

Un hombre y una mujer, en la playa, y ella en bikini. Y en la otra, aquel mismo hombre, ahora con dos mujeres, sentados los tres juntos en la terraza de un bar, frente a tres altos vasos, posiblemente conteniendo *whisky*.

Y aquel hombre le tenía ahora frente a mí, esperando mi respuesta.

Se la di:

—¿Por qué?

Desvió los ojos de los míos cuando dijo:

—Era una de las mejores muchachas que he conocido, «pesquisa», ¿comprende? Sin familia, y la mataron. Quiero saber por qué lo hicieron y quién, ¿entiende?

No contesté a aquello, pero sí formulé una nueva pregunta:

—¿Qué había entre usted y Cora Grey, Nichols?

El dueño del «Pinnacle» me miró a los ojos y respondió:

—¿Me creería si le dijera que nada, Stillman?

—No.

—Es lo que había supuesto que diría, y sin embargo, es verdad. Entre Cora y yo sólo había una buena amistad. Era una de mis cantantes y bailarinas, y quiero a su asesino.

—Muy loable, Nichols, pero creo que llega un poco tarde.

—¿Sí...? Explique eso, ¿quiere?

—Es fácil; ya lo estoy buscando porque el que mató a Cora Grey también terminó con mi esposa, Cómo ve, eso le ahorra a usted unos miles de dólares.

—Visto de ese modo, así es, Stillman.

—En cuyo caso...

Me interrumpió, al ponerse en pie.

—No obstante —dijo—, deseo contratarle.

—¿Por qué?

—Por si se equivoca.

—Aun así...

Volvió a interrumpirme mientras yo recordaba, una vez más, aquellas dos fotografías, pero tampoco se lo mencioné.

—Escuche, Stillman —dijo—, le ofrezco cinco de los grandes, más gastos. Quiero a ese asesino.

Le miré pensativamente.

—¿Y si se da el caso de que es el mismo, de que no me equivoco?

Nichols no tardó ni medio segundo en responder:

—Le pagaré a usted, Stillman. Quiero a ese hombre o a esa mujer, ¿comprende?

Me esforcé en hacerlo, pero no pude.

Aquellas fotografías bailaban en mi mente, de un lado para otro, como si fueran la clave de todo, y no obstante, algo escapaba a mi entendimiento, a mi comprensión.

Denegando con la cabeza, replique:

—Lo siento, Nichols, pero no hay trato.

Arqueó una ceja.

—¿Podría decirme por qué?

Forcé una sonrisa.

—Si se lo dijera a usted —contesté—, no me creería.

—¿No...? —hizo una pausa y añadió—: No continuará sospechando de mí, ¿verdad?

Pude haberle dicho que así era, efectivamente, pero no lo hice.

Simplemente, respondí:

—Eso es algo que aún no sé con seguridad. Si sospechar todavía, o dejar de hacerlo.

—No está seguro de mí, ¿verdad?

—No. Desde luego, no.

No me respondió.

Fue hacia la puerta, puso la mano en el tirador y se volvió a mirarme.

—Lo siento, Stillman —dijo.

Y salió definitivamente.

Entonces, tomé del cajón la botella de *whisky*, bebí un largo trago, y la puerta se abrió, dando paso a Ruth.

A los ojos de Ruth, que me miraron curiosos, chispeantes.

—Mientras estabas hablando con ese tipo, alguien te estuvo telefoneando, «pesquisa».

Levanté una ceja, mientras ella se acercaba para, a continuación, sentarse en el brazo del sillón que ocupaba. La tomé de la cintura y se inclinó sobre mí, con los rojos labios entreabiertos.

Nos besamos.

Al terminar, ella preguntó:

—¿Quién es, «pesquisa»? ¿Tiene tanta carrocería como...?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa, si aún no me has dicho quién es? —La interrumpí.

—¡Ah!, ¿no? Bueno, me distraje. Tenía torcidas las costuras las medias y... perdí el dominio, cuando intenté arreglármelas.

No dije nada, y me mostró las piernas, preguntando:

—Te gustan, ¿verdad?

—¡Claro! —respondí seriamente—. Son las mejores que he visto en mi vida.

Abrió mucho los chispeantes ojos.

—Pero... pero... Richard, que soy tu secretaria y debes tenerme contenta, que...

La interrumpí, al darme cuenta de que aquello no tenía trazas de terminar.

—¿Quieres decirme, de una vez, quién fue la mujer que me llamó?

Como tenía por costumbre, Ruth abrió muchos los ojos y se dio un golpe en la frente, con la palma de la mano.

—¡Claro que sí, cielo! Dijo que se llamaba Margaret

O'Brien,

y que deseaba verte antes de irse al trabajo. Que era muy importante.

Sin saber por qué, me sobresalté.

—¿Te dijo dónde?

Me miró, burlona.

—¡Cierto que sí, querido! —respondió—. En su apartamento... y creo que todavía tienes tiempo de tomar el coche y largarte hasta allí.

—¿Y no te importa?

—Seguro que me importa, «pesquisa» barato, pero no puedo hacer otra cosa —hizo una pausa, y añadió pensativamente—. ¡Si

tuviera las piernas tan hermosas como las mías...!

—¿Y cómo sabes que no es así, querida?

Se encogió levemente de hombros, se apartó del brazo del sillón y añadió, dándome la espalda y yendo ya hacia la puerta que daba acceso a su pequeño despachito:

—Porque piernas como las mías no las encontrarás en parte alguna, querido.

Desapareció de mi vista, sin darme tiempo a que pudiera responder.

Miré la botella.

Pensando en Margaret y en las fotografías que tenía en el bolsillo, recordando, de paso, que tampoco se las había mencionado a Ruth.

Sospechando, ¿por qué no?, que la llamada de Margaret podía constituir una trampa mortal para mí.

Meditando en que tampoco había mencionado a Ruth el atentado que había sufrido aquella misma mañana, ni que durante un cierto tiempo no podría utilizar el «Mercedes».

Bebí un nuevo y largo trago, guardé la botella y examiné la carga de la automática.

—Te marchas, ¿verdad?

—Sí.

—¿A ver a esa pájara?

—¡Ruth!

—¡Richard! —Me remedó, burlándose.

—De acuerdo, querida —dije seriamente, no deseando continuar por aquel terreno o aquello se haría interminable—. Tengo que hablar con ella.

—¿Sí...? ¿Y por qué? ¿Por su fachada o por...?

—Por nada de eso. Margaret

O'Brien

conocía a Dora, ¿entiendes? Supongo que me llamó porque ha ocurrido algo o...

—De acuerdo, querido —me interrumpió para preguntar a continuación, y sin transición alguna—: ¿Te veré esta noche?

Fingí un asombro que no sentía cuando pregunté:

—¡Ruth! ¿Es que has podido pensar en otra cosa, querida?

—¡Cierto que sí! —respondió, burlona—. Contigo, «pesquisa»,

tratándose de faldas, nunca se sabe.

No contesté.

Me limité a dar media vuelta, a abrir la puerta que daba al pasillo, a volverme para mirarla durante unos segundos, que aproveché para lanzarle un beso con la punta de los dedos, que me devolvió, y, girando a la inversa, cerré a mi espalda y me encaminé al ascensor.

En el exterior tomé el «bus» y me hice conducir a la calle donde Margaret vivía, maldiciendo como un loco, para mis adentros, claro, de la lentitud de aquel medio de transporte, sin pensar que pude muy bien tomar un taxi.

Desde luego, cosas que le pasan a uno de vez en cuando, sobre todo cuando se tiene prisa por ir a alguna parte.

Descendí una cuadra antes de llegar, y el resto del camino lo hice a pie.

Entré en el portal, sin saber por qué, llevando la automática en el bolsillo de la americana, pero allí no había nadie esperando, como tampoco lo había en la calle.

¿Dónde?

¿Tal vez dentro del apartamento?

Recordaba las fotografías cuando, diciéndome que aquello era muy posible, entré en el ascensor.

Vacilé frente a la puerta del apartamento, acariciando la culata de la 38, y por fin levanté la izquierda y hundí el dedo en el botón del zumbador.

Hubo unos segundos en los que no oí absolutamente nada, y repentinamente hasta mis oídos llegó el rumor que producía el visor de la puerta al descorrerse. El que fuera volvió a cerrar al cabo de tres o cuatro segundos, y finalmente la puerta se abrió, encuadrándola en el umbral, sonriéndome.

—Pasa, «pesquisa» —dijo, apartándose a un lado.

Crucé el umbral con la mano dentro del bolsillo de la americana, mientras el nombre de Nichols bailaba en el interior de mi mente una original marcha fúnebre.

Cerró a mi espalda, pero no me volví.

Continué andando, llevándola ahora detrás de mí, notando por primera vez que iba descalza, y alcancé el «*living*».

En contra de lo que esperaba, allí tampoco había nadie.

—Richard, ¿qué es lo que ocurre contigo, querido?

Di media vuelta hasta enfrentarla.

Margaret me observaba detenidamente, sin dejar de sonreír.

—Richard, ¿qué es...?

Di un paso hacia ella, que nunca debí dar, ya que con un ligero grito dio una corta carrera, y cayó materialmente en mis brazos.

Cuando nos separamos, había transcurrido bastante más de una hora, y fue entonces cuando pregunté:

—¿Era ésa la prisa que tenías por verme, querida?

Se echó a reír, para interrumpirse en seco, mientras su rostro se nublaba y sus bellos ojos reflejaban el miedo.

—Lo olvidé... querido —dijo—, y tú has tenido la culpa, ¿comprendes? Yo... yo...

Se interrumpió, mirándome con sus grandes y rasgados ojos muy abiertos, hasta que pregunté:

—Veamos, querida, ¿qué es lo que te ocurre?

Vaciló un poco, y por fin contestó:

—Ayer falté casi todo el día de aquí, y cuando vine alguien había registrada el apartamento. Era un experto, de eso, estoy segura, porque no forzó la puerta ni nada parecido.

—Entonces —pregunté, creyendo saber la respuesta que iba a darme—, ¿cómo lo has sabido?

—Por detalles insignificantes, que no creería ni la propia policía. Pero aún hay algo más.

—¿Sí...? ¿El qué?

—El que fuera estuvo registrando mi tocador y el armario. Hay un sobre con un montón de fotografías que no está como yo lo dejé la última vez que lo tuve en las manos, por lo que miré su interior, y faltan dos fotografías.

—¿Qué fotografías son ésas, Margaret? —pregunté, sabiendo que no me había equivocado, ya que ella dijo lo que yo esperaba que dijera.

Me contestó con la verdad, y fue entonces cuando todas las sospechas que tenía sobre ella cayeron por su base y, al conjuro de aquel hecho, completamente inesperado para mí, mis pensamientos, obrando de modo independiente, por su cuenta y sin mi expreso consentimiento, empezaron a cabalgar por regiones insospechadas hasta entonces, mientras continuaba hablando con Margaret.

—El día que estuve aquí —empecé—, ¿por qué no lo mencionaste?

Me sonrió.

Y tenía la sonrisa más bonita que yo había visto en boca de mujer alguna.

—¿Acaso me dejaste hacerlo, querido?

—¿No...?

—Cierto que no —afirmó, sin dejar de sonreír—. Contigo, cualquier mujer olvida lo que hace e incluso lo que después debe hacer.

Al terminar de hablar, en sus ojos volvió a aparecer el miedo.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó—. Tengo mucho miedo.

—¿Por qué?

Me miró, llena de asombro.

—Pero ¡Richard! —exclamó—. ¿Es que no te das cuenta de que el hombre que registró el apartamento es el mismo que mató a Cora o a Dora, y quizá a las dos?

Sonreí, sabiendo que el que se llevó las fotografías había sido yo, y contesté:

—No necesariamente, querida.

—¿No? —preguntó—. ¿Por qué?

—Eso, muchacha —respondió—, aún no te lo puedo decir, pero puedes estar completamente tranquila que nada va a pasarte.

Me miró dudando, pero no insistí.

—Confieso que no te comprendo, «pesquisa» —declaró, sonriendo, aunque un tanto forzadamente.

—Me entenderías si te dijera que me prepararas un *whisky*, si tienes, y que, mientras me lo bebo, te prepares para salir.

—¿Qué...? ¿Y dónde vas a llevarme?

—Supongo que cenarás todas las noches antes de ir al «Pinacle» para enseñar tus piernas, ¿no?

—¡Pues claro que sí, tonto!

Se precipitó en mis brazos y, de nuevo, de no apartarla a tiempo ambos hubiéramos perdido la cabeza.

—Vamos —exclamé, antes de que pudiera decir nada—, date prisa o se nos echará el tiempo encima.

No me respondió, dio media vuelta, se alejó casi corriendo de mi lado para regresar al cabo de tres o cuatro minutos llevando en la

mano un vaso con lo pedido, y unos cubitos de hielo.

Me lo dio y, sin pronunciar palabra, se retiró ahora hacia su dormitorio para terminar de vestirse.

CAPÍTULO IX

Salimos media hora más tarde, ella cogida de mi brazo, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida, y pensé, un tanto cínicamente, en lo que Ruth hubiera dicho, de vernos en aquel momento.

Me detuve al filo de la acera, y miré a ambos lados de la calle y, con aquel gesto mío, noté como Margaret se estremecía un poco.

Acto seguido, preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre ahora, «pesquisa»?

Sonreí.

—Tendremos que esperar un poco, querida —repliqué—. Mi coche sufrió una avería y...

—¿Tenemos que buscar un taxi...?

—¡Claro que sí, muchacha!

Se apretó contra mí cuando dijo:

—Detrás de este edificio tengo mi coche, Richard. ¿Vamos?

Me dejó de una pieza, por lo que no respondí, y en vista de mi silencio, Margaret tiró de mi brazo.

—Vamos, querido —dijo—, tengo hambre y, por otra parte, nunca me invitó a cenar un «pesquisa» inteligente.

Continué sin responder.

Pensaba.

Y ahora, cuando más pensaba, menos me gustaban mis pensamientos.

Como si se hubiera dado cuenta de ello, Margaret no volvió a pronunciar palabra hasta que nos encontramos en el garaje, frente a un convertible.

Un «Zodiac» modelo 1967, que me hizo mirarla con asombro.

—¿De verdad es tuyo, preciosa? —pregunté, tan pronto como nos pusimos en marcha.

—Sí.

Vacilé unos segundos, y entonces formulé la pregunta que me interesaba en aquel momento:

—¿Un regalo de tu amante?

Me lanzó una fugaz mirada a través del espejo retrovisor.

—No hay ningún hombre, a no ser tú, querido —respondió, llevando una leve sonrisa en los labios—. Nadie si no tú, y puedes creermelo, pues es verdad.

No repliqué, por lo que continuamos en silencio hasta que, minutos más tarde, lo rompí con una nueva pregunta:

—Si no es así, Margaret, querida, ¿quieres decirme quién es ese tipo que estaba hablando contigo, junto a los cortinajes que dan acceso a los reservados?

Frunció el ceño, tratando de recordar, y de pronto, su roja y hechicera boca se distendió en una amplia sonrisa.

—Por ser tan mal pensado, Richard, no debía contestar a esa pregunta.

—Eso quiere decir que me lo vas a decir, ¿verdad?

Sonrió una vez más.

—Seguro, «pesquisa». Se trata de Tex Harris. Es el cajero del club, y me estaba invitando a comer. Fue por eso... por eso por lo que no me encontraba en el apartamento cuando vinieron a registrarlo.

—¿Nada más que a comer, Margaret?

Me di cuenta de que repentinamente el «Zodiac» perdía velocidad, mientras se iba acercando al bordillo de la acera hasta que se detuvo por completo.

Fue entonces cuando ella, sin separar las manos del volante,ladeó la bella y altiva cabeza para mirarme.

—No hay nadie más que tú, «pesquisa», y creí que ya lo sabías. Ahora, si no me crees... —señaló la portezuela de mi lado y añadió —: Sal fuera y déjame en paz, ¿comprendes?

Hice un gesto con la mano y sonreí, pero Margaret no correspondió a mi sonrisa.

—Perdona, muchacha —contesté—. No quise molestarte.

—Pues lo hiciste, Richard.

No contesté, y ella regresó los ojos al tránsito de la calzada, y arrancó, con una sacudida que me lanzó contra el respaldo del asiento.

No protesté.

Continué callado hasta que detuvo el coche frente a un pequeño restaurante, situado en plena calle dieciséis, casi justamente donde esta cruza con la Quinta Avenida.

Descendí primero, pero cuando rodeé el «Zodiac», Margaret ya se encontraba sobre la acera, mirándome con la expresión más inocente del mundo, por lo que adiviné que estaba pensando en sus piernas.

Sin decir nada, haciéndome poco menos que el sueco, la tomé del brazo y ambos, calladamente, entramos en el local para abandonarlo una hora más tarde.

Magistralmente, lo mismo que en todo momento, Margaret condujo hacia el «Pinnacle» y, como yo hiciera la vez anterior, ella también buscó las calles adyacentes, y lo detuvo frente a la puerta posterior.

Entonces me miró.

—¿Me estarás esperando a la salida del club, querido? — preguntó.

No lo sabía, pero dije que sí, y entonces prosiguió:

—Puedes quedarte con el coche hasta que arreglen el tuyo, siempre y cuando me lleves a mi apartamento esta noche.

—¿Y dejarte sola en él?

Me sonrió.

Antes dije que tenía una preciosa sonrisa, ¿verdad? Pues si no así lo digo ahora, o lo repito, que para el caso es casi igual.

Me ofreció los labios, que besé.

Cuando me recobré un poco, Margaret se estaba alejando hacia la puertecilla que daba acceso al club, por su parte de atrás, sin volver ni una sola vez la cabeza hacia mí.

Esperé a que se hubiera perdido de vista, y entonces descendí del «Zodiac», pensando en hacerle una nueva visita a Nichols.

Dora, el propio Nichols, Cora Grey, Margaret y de nuevo el propio Nichols, y aquellas dos fotografías que aún continuaban en mi bolsillo, mientras que mi subconsciente las barajaba de un lado para otro, sin conseguir colocarlas en el lugar que necesariamente debían corresponder en aquel rompecabezas chino.

Cerré la portezuela con llave, la guardé en el bolsillo del pantalón, fui a dar media vuelta, y entonces, de un modo súbito, el

cristal del parabrisas se astilló por delante de mis ojos, mientras que todo el cristal se convertía en una estrella, con un limpio agujero en el centro.

No escuché detonación alguna, pero aun así me lancé al suelo de cabeza, luchando por sacar el Colt de la axila, justo en el momento en que con un seco chasquido, una nueva bala, se estrellaba contra la carrocería, haciendo en aquélla un nuevo agujero.

Rodé, intentando anteponer el coche entre el tirador mi humilde persona y lo conseguí, pero cuando aquello ocurrió, me di cuenta de que ya nadie me disparaba desde la esquina inmediata y que el Colt que ahora empuñaba, me servía en aquel momento poco menos que para nada.

Me puse en pie.

Vací los segundos antes de dejarme ver y, poco a poco, siempre con la automática en la mano, abandoné la protección del coche y lentamente me acerqué a la pared posterior del club, con el oído atento a cualquier rumor, pero el silencio era absoluto.

Nadie había oído los disparos, dos, producidos con una pistola de gran calibre. Quizá la misma arma que sirviera para matar a Dora.

Y a Cora Grey.

¿Quién? ¿Nichols?

Podía ser... si no fuera porque una idea intentaba abrirse paso dentro de mi cerebro, sin conseguirlo de modo alguno.

Una idea, como ya pensara en anteriores ocasiones, que era la clave de todo, la solución... conjuntamente con aquellas dos fotografías.

Todo era sencillo en extremo, pero, antes, se imponía una conversación con Nichols. Deseaba hacerle unas cuantas preguntas, ninguna de las cuales iba a ser muy agradable para mí.

Unas preguntas referentes a la propia Dora.

Dejé de pensar cuando alcancé la esquina, siempre llevando la automática en la mano.

No había nadie.

La larga y oscura calleja estaba tan vacía como el lugar donde me encontraba, pero sin embargo, en el suelo, junto al bordillo de la acera, brillaron opacamente los dos casquillos de las balas que habían disparado contra mí.

Los recogí, guardándolos en mi bolsillo.

No sabía para qué iban a servirme, pero lo hice.

Empecé a retroceder, mientras guardaba la artillería en su funda de costumbre, pasé por el lado del coche de Margaret, y lanzando una fugaz mirada a su destrozado cristal delantero, continué andando hacia la entrada principal del club.

Descendí los escalones, buscando a Margaret entre las mesas.

La vi junto a la barra, completamente sola, y mientras me acercaba a ella, admiré una vez más sus esbeltas piernas, ahora envueltas en medias negras de malla.

Me vio antes de que llegara a su lado, y agrandó los ojos con asombro, pero no se me acercó.

Sencillamente, esperó a que me encontrara a su lado y entonces preguntó:

—Richard... ¿qué haces aquí...? No me dijiste que ibas a venir...

Contesté con otra pregunta, interrumpiéndola:

—Y Nichols, ¿sabes si está dentro?

Me miró atentamente.

—Quieres... quieres hablar con él, ¿verdad?

—Sí. ¿Quieres avisarle?

Vaciló unos segundos y empezó:

—Yo, Richard, no sé si...

—¿Quieres —la interrumpí por segunda vez—, sí o no?

La vi vacilar una vez más y, de pronto, cuando esperaba que se negaría a hacerlo, respondió:

—De acuerdo, «pesquisa», le avisaré. ¿Qué quieres que le diga?

—Sencillamente, que deseo hablar con él, de asesinatos.

Palideció un poco.

—¡Richard!

—¡Margaret!

—¡Oh! Pero... pero... Está bien, entrometido, se lo diré y ojalá que te... que te echen de aquí a puñetazo limpio.

—¿Te gustaría?

—¡Vete al... al... cuerno, mi cielo!

Pero la que se marchó fue ella, y no allí precisamente, sino hacia los cortinajes del fondo, por donde desapareció. Dudé entre esperar en el mismo lugar en que me encontraba o encaminarme hacia la barra para tomar un *whisky*.

Aún continuaba en aquella duda cuando la vi reaparecer, y, desde los mismos cortinajes, me llamó con un gesto.

Crucé entre las mesas.

—Richard —dijo, prendiéndome por un brazo—, estoy asustada, ¿sabes?

—¿Por Nichols?

—No... lo sé. Ésa es la verdad.

No respondí, tampoco quise decirle que alguien había convertido el cristal del parabrisas de su coche en un colador, y pregunté:

—¿Qué te ha dicho Nichols, pequeña?

—¡Oh, sí, claro! Te está esperando, querido.

No me acompañó.

Ya sabía el camino, por lo que, completamente solo, me encaminé a su despacho, donde entré sin llamar.

Arqueó una ceja al verme aparecer de aquel modo, pero no protestó.

—Siéntese, Stillman —fue lo que dijo, indicándome uno de los sillones frente a él—. *Miss*

O'Brien

me dijo que deseaba hablarme. Desembuche, «pesquisa», ¿qué es ello?

Forcé una sonrisa.

—Voy a hacerle unas preguntas, Nichols —afirmé fríamente.

—¿Sí...? Y... después de lo ocurrido hoy en su despacho, ¿espera que se las conteste?

Dejé que mi sonrisa se ampliara un poco, y repliqué con otra pregunta:

—Desea al asesino de Cora, ¿verdad?

—Seguro. ¿Por qué?

—Porque si es así, va a contestarme con la verdad a lo que le pregunte. ¿De acuerdo?

—Correcto, Stillman —respondió—. ¡Suéltelo!, ¿quiere?

No vacilé en formular la primera, y a pesar de que me esforcé porque así no fuera, mi voz sonó ronca, incluso en mis oídos:

—¿Qué había entre Dora y usted, Nichols?

El dueño del «Pinacle» me observó en silencio, antes de contestar:

—Era sólo un buena amiga.

—Algo así como Cora Grey, ¿verdad?

Comprendió el sarcasmo de mi pregunta, pero su rostro no cambió, aunque sus ojos se endurecieron un poco.

—Quiere la verdad, ¿no es eso? —preguntó.

—Sí, Nichols, la verdad.

Vaciló apenas si fue algo así como un soplo, y contestó:

—Yo amaba a Dora Stillman desde mucho antes de que se casara con usted, «pesquisa». Fue por eso por lo que la contraté para que trabajara aquí, para tenerla a mi lado, pero ella sólo le quería a usted.

—¿Sí...? Entonces, ¿por qué se marchó?

Levantó una ceja, me miró con asombro y preguntó a su vez:

—¿De verdad que no lo sabe usted, «pesquisa»?

—¡No!

Y mi voz sonó ahora como el chirrido de una puerta sin engrasar.

Se puso en pie, y desde las profundidades del sillón en que me encontraba, le miré sin moverme.

—¿Y...?

Me interrumpió con un gesto de su mano.

—Pues si no sabe eso, Stillman, no espere que yo se lo diga.

—¿Por qué?

—Porque eso sería tanto como lanzar una acusación de asesinato contra una persona, y no quiero ni debo, por lo menos, sin pruebas.

—Eso no cuadra mucho con su afirmación respecto a ese asesino, Nichols.

—No, desde luego, no, pero el tratar de averiguarlo es cosa suya y no mía.

—Continuó sin comprenderle.

Sonrió.

—Sí, lo sé —replicó calmamente—, pero nada puedo hacer.

A mi vez, me puse en pie.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Sí.

—Para usted, ¿verdad?

—Sí. Por lo menos, eso es lo que supongo.

—Pues no esté tan seguro —respondí—. Este caso está en manos

del teniente Mac Donald y...

—Vaya e infórmele, «pesquisa», y negaré todo lo que le he dicho. ¿Es que no comprende que no estoy seguro de lo que le digo? Si fuera lo contrario, tenga en cuenta que usted jamás lo atraparía, Stillman, porque antes lo haría yo, pero no puedo.

No contesté.

Me aparté del sillón, y fui hacia la puerta.

Antes de llegar, me volví a mirarle.

Nichols me observaba a su vez con gesto pensativo hasta que, de un modo repentino y antes de que yo pudiera pronunciar una sola palabra, preguntó:

—¿Quiere un consejo, «pesquisa»?

Le miré atentamente.

—¡No!

Frunció el ceño.

—Entonces, si ya ha terminado, le ruego que se marche. Tengo mucho trabajo.

Me volví sin responder, y abrí la puerta.

Al ir a cruzar el umbral, Nichols dijo, a mi espalda:

—Y dígle a su chica que no me moleste más por su causa, Stillman.

Sabía que se refería a Margaret, pero no hice caso, tampoco le pregunté quién se lo había dicho a él, y si estaba seguro de que sus palabras correspondían a la realidad de los hechos, sino que me limité a dar media vuelta y a terminar de cruzar el umbral.

Margaret continuaba alegrando las mesas con su presencia y con su bonita sonrisa, y me dije que era mucho mejor dejar de pensar, por aquella noche.

Por lo menos, hasta que no la llevara de regreso a su apartamento.

Luego... seguía estando Ruth, y por tanto...

Crucé de un lado a otro toda la amplitud del local, notando que ya me había visto y que sus chispeantes ojos me seguían, sin perder uno solo de mis movimientos, por lo menos hasta que alcancé el mostrador.

Me subí a uno de los altos taburetes, justo en el momento en que la orquesta empezaba a tocar.

—*Whisky* —pedí.

El barman me lo sirvió en silencio, se apartó de mi lado para atender a otro cliente, y tomé el vaso para beber.

Al terminar, lo deposité frente a mí y, tras lanzar una fugaz mirada alrededor, extraje del bolsillo las dos fotografías, y volví a examinarlas una y otra vez, con el ceño fruncido, con la completa seguridad, cada vez más creciente, de que allí, en aquellas dos cartulinas, estaba la verdad de todo.

Una verdad que ya había comprendido Nichols, contando con que él no fuera el verdadero asesino de las dos, aunque nunca mi desconocido atacante.

Repentinamente lo comprendí todo, o creí comprenderlo, aunque de primer intento lo deseché de mi mente porque aquello era sencillamente horrible.

Me bebí el *whisky* de golpe porque la idea, en vez de desaparecer de mi mente como yo creía, volvía cada vez con más fuerza.

Pero si aquello era cierto, ¿por qué?

No tuve tiempo de contestarme a mí mismo porque en aquel momento, poniendo una de sus manos sobre mi brazo, Margaret dijo, a mi lado:

—Si vas a esperarme para llevarme a casa, «pesquisa» pensativo y bebedor, te sugiero que te sientes a una de las mesas. Anda, ven.

Tiró de mí.

—¿Me acompañarás tú? —pregunté.

—¿A beber?

—Sí.

Sonrió.

—Sólo una copa, «pesquisa» —dijo—. Me despedirían si esos dos monumentos que tengo por piernas se pusieran a hacer cosas raras sobre el encerado del salón.

No me reí.

No podía porque mi mente, en aquel momento, y a pesar de ella y sus palabras, llenas de desparpajo y picardía, se había convertido en un verdadero caos de encontrados sentimientos.

Nunca supe cuánto tiempo permanecí en aquella mesa, después de que Margaret me hubo dejado solo, frente a un semivacío vaso de *whisky*, dándole vueltas y más vueltas a mis pensamientos y a las fotografías, hasta que la oí decir a mi lado:

—Nos vamos, «pesquisa». Van a cerrar.

Miré alrededor.

Era verdad.

Margaret estaba vestida de calle, con su minifalda, que dejaba al descubierto gran parte de sus preciosas piernas y las pocas parejas que quedaban en el local lo iba abandonando, poco a poco.

Me puse en pie, tomé el vaso, apuré el resto del licor de un trago, y la prendí del brazo.

—De acuerdo, preciosa, te llevaré.

—Vámonos, Richard —dijo—, estoy muy cansada.

Del brazo, alcanzamos la calle, en silencio los dos, y fuimos a dónde había quedado su coche.

Nos acercamos.

Los hermosos ojos de mi acompañante se fijaron en el orificio del astillado cristal, y la vi palidecer como una muerta, mientras que con ellos muy abiertos, se volvía a mirarme.

—Richard —susurró—, ¿qué... qué ha ocurrido aquí...?

—Alguien, tan pronto como tú entraste en el club —dije—, se puso a disparar contra mí, desde aquella esquina Yo... bueno, pagaré esos desperfectos, ¿comprendes?

Se soltó de mi brazo, y se me puso delante, enfrentándome.

—Que tú... que tú... ¡Un cuerno vas a pagar, «pesquisa» barato! ¿Comprendes? Yo... yo... ¡Oh, Richard, llévame a casa! No quiero estar ni un segundo más aquí.

Abrí la portezuela del coche, pensando que, tal vez, y mucho antes de llegar a su casa, cualquier policía curioso nos detendría, al darse cuenta de aquel feo balazo en el cristal.

No fue así, empero, por lo que, en silencio, alcanzamos la puerta de su apartamento, sin que nadie nos molestara en todo el camino.

Abrí la puerta y la invité a salir.

Me miró con sorpresa, pero lo hizo.

Y ya sobre la acera, mirándome sorprendida, preguntó:

—¿No vas a subir, querido?

Estaba Ruth, pero no podía decírselo a ella.

—No, esta noche, no —dije—. Tengo una cita. Una cita que se presentó mientras estaba en el salón, ¿comprendes?

Arqueó una ceja.

—¿Con tu secretaria?

—¿Quién diablos te ha dicho eso? —pregunté, un tanto

sorprendido.

No respondió a mi pregunta, sino que formuló otra:

—Necesitarás el coche, ¿verdad?

Sabía cuál iba a ser su respuesta, pero, a pesar de ello, dije:

—Sí, claro, pero si...

Me equivoqué, ya que Margaret me interrumpió, dando una respuesta en un todo contraria a mis pensamientos:

—Úsalo cuánto gustes, «pesquisa», y vuelve por aquí aunque sólo sea para devolvérmelo.

No esperó contestación, dio media vuelta, abrió la enrejada puerta que daba acceso al interior del portal del edificio donde tenía su apartamento, la cerró a su espalda, y yo embragué para alejarme de allí, en dirección a mi apartamento.

Pensaba en Ruth, y en lo cansado que me encontraba.

Y continuaba tan cansado o más cuando introduje el llavín en la cerradura de la puerta y entré, para enfrentarme en el acto con la que corría hacia mí, apenas si me vio en el corredor.

Después de besarla, llevándola de la cintura, nos encaminamos al *living*.

Fue allí cuando ella preguntó:

—¿De dónde diablos vienes a esta hora, «pesquisa»? Me has estropeado la cena y eso... eso...

La interrumpí:

—¿No lo sabes, querida?

—¡Pero, Richard! ¿Cómo diablos voy a saberlo?

—¿No...? —pregunté burlonamente—. Pues tú sabías que tenía una cita con...

—Con esa Margaret —me interrumpió—, claro que lo sabía pero... pero... Oye, Richard Stillman, no me irás a decir que has estado con ella en su apartamento hasta ahora, ¿verdad?

—¡Pues claro que no! Verás, hablamos un rato y luego la invité a comer, se nos hizo tarde, y la llevé al «Pinnacle», donde sostuve una nueva conversación con Nichols.

Mirándome fijamente a los ojos, preguntó:

—¿Averiguaste algo, querido?

—Sí. Ya sé quién asesinó a Dora y por qué.

Arqueo una ceja.

—¿Y quién fue, Richard?

Sonreí.

—Si eres una buena muchacha y me traes un *whisky*, te lo diré.

Asintió en silencio, la vi acercarse al frigorífico, luego de hacerlo en el mueble bar, y por fin se volvió para venir hacia mí, llevando en la mano un alto vaso.

—Tu *whisky*, «pesquisa» —dijo—. Y ahora, explícame eso. Lo han detenido, ¿verdad?

Tomé el vaso, mientras se sentaba frente a mí en uno de los sillones, despreocupándose completamente de la minifalda.

—No, Ruth, aún no —dije.

—¿Por qué?

Bebí un poco, solté el vaso sobre la mesita e introduje la mano en el bolsillo interior de mi americana. A continuación, lancé las dos cartulinas sobre su falda.

—Echa un vistazo a eso, preciosa —dije.

Lo hizo, lanzó un grito, y al segundo siguiente vi su minifalda casi por debajo de sus axilas, y su mano cerrándose velozmente sobre la culata de una pesada automática.

Salté, llegando a su lado cuando ya la levantaba, con un brillo de odio en sus pupilas, y disparé el puño de arriba abajo.

La alcancé en el centro del mentón. Ruth volteó al otro lado del sillón, arrastrándolo consigo, y ya no se movió.

Me acerqué a ella, tomé la automática con el pañuelo, la envolví, y fui a depositarla sobre uno de los sillones, fuera de su alcance.

Hecho esto, me acerqué al teléfono y marqué.

Terminaba de hablar con un colérico teniente Mac Donald, cuando abrió los ojos.

Me miró con odio, pero no pronunció palabra alguna.

Un par de minutos más tarde, se ponía de pie. Pero cuando lo hizo, yo ya tenía mí «Colt» en la mano, y la estaba apuntando.

—Siéntate —dije.

Lo hizo sin dejar de mirarme, y entonces pregunto:

—Llamaste a la policía, ¿verdad?

—¿Esperabas otra cosa?

—No. Desde luego, no.

Siguió un pequeño silencio, que yo mismo rompí.

—¿Por qué mataste a Dora, Ruth?

Me desafió con la mirada.

—¿No lo sabes, tipo listo?

—No, pero lo presumo.

—¿Sí...?

—Verás, Ruth —dije sin hacer caso, y señalando con la mano izquierda las dos fotografías que ahora quedaban en el suelo—, esas cartulinas son la verdad de todo lo ocurrido. Dos cartulinas antiguas, Ruth querida, de cuando Dora actuaba en Broadway. En una estás tú, en bikini, con Nichols, y en la otra el propio Nichols con Dora y contigo, cuando ella aún no se había casado conmigo. ¿Vas comprendiendo?

—Continúa, «pesquisa», que esto se pone interesante.

—Sospecho —continué, sin hacer caso de su interrupción—, que Nichols te conoció a ti antes que a Dora y, por una causa u otra, porque él se enamoró de ella, te dejó a ti, que para él sólo representabas la amante, y se dedicó por entero a tratar de convencerla para que se casara con él, hasta que aparecí yo y la convertí en mi esposa. Tú no olvidaste, ¿verdad? Seguías enamorada de Nichols, y trataste, por todos los medios, ya que Dora se había convertido en mi esposa, de atraértelo. Pero en contra de lo que esperabas, Nichols no se rindió como se había rendido otras veces ante tu belleza. Eso fue creando en ti el deseo de vengarte de Dora, que se acrecentó cuando comprendiste que, a pesar de haberla perdido para siempre, Nichols continuaba amándola. Por eso la mataste, Ruth. ¿Es o no es así?

—Lo que yo he dicho —respondió—; eres un tipo listo. Ahora —se burló—, sólo falta que me digas por qué maté a Cora Grey, si es que en realidad lo hice yo.

—Eso es aún mucho más sencillo, y sin fotografías, querida —dije—. Cora murió porque ella, como amiga de Dora, había visto esas fotografías, y sabía lo que significaban porque quizá la propia Dora se lo dijo. Sea por lo que fuere, la mataste tan pronto como te enteraste que yo iría al «Pinacle» a investigar, o sólo por el simple hecho de sospecharlo, ya que, trabajando ella allí, era el primer paso que cualquiera hubiera dado al respecto, ¿verdad?

—Sí —musitó—, lo que dije antes; todo un tipo listo.

Callamos.

Pensativos los dos.

Fue la propia Ruth la que rompió el silencio más tarde:

—Poco más o menos es como has dicho, Richard. La odié desde el momento en que perdí a Nichols, y con él todo lo que representaban sus dólares. Luego, cuando se casó contigo, pensé que un empleo a tu lado no me iría mal, e hice todo lo posible por conseguirlo. Luego... Bueno, «pesquisa», te apuesto a que no sabes por qué se fue de tu lado.

Sonreí sin ganas.

—Por tu causa. Tú llevaste a su convencimiento que entre nosotros dos había algo más que las necesarias relaciones entre secretaria y el jefe, ¿verdad? Destrozaste su matrimonio y luego... luego...

—Sí, Richard —me interrumpió—. Incluso el día en que me vio besando tu retrato, fue porque antes y desde la ventana, la vi descender del coche. Entonces lo tomé hasta que entró... Y esta noche, como la otra, hubiera terminado contigo, pero tuviste suerte.

—¿Conmigo...? Eso es lo que no comprendo.

—Es sencillo. Tenía miedo a que ocurriera esto, y ya ves que tenía razón. Te adelantaste a mí...

Calló.

¿Había algo más?

Sí, una sola pregunta, y la formulé:

—¿Cómo la golpeaste, Ruth?

Me miró fijamente.

—Por detrás, con una piedra. Cuando veas el informe del médico forense, comprobarás cómo lo hace constar de ese modo. Luego... cuando la tuve a mis pies... no lo sé, pero creo que fue con un trozo de palo de golf... con el que hubiera querido destrozarla.

No respondí y calló, y ya no volvió a hablar hasta que ambos nos encontramos en presencia del teniente Mac Donald.

Clareaba el nuevo día en el interior de mi apartamento cuando se la llevaron y, de nuevo, una vez más quedé solo.

Espantosamente solo.

Aquella noche no pude ir a ver a Margaret, pero en sucesivas sí lo hice, hasta que, transcurrido un año, cansando de gastar gasolina para ir del «Pinacle» a su apartamento y viceversa, pensando en que cada día costaba más un litro de carburante, los impuestos, el desgaste del «Mercedes», decidí llevarla al mío, como mi esposa,

claro.

Lo demás, todo lo demás, iba quedando atrás, muy atrás, cada vez más atrás en el interior de mi mente.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

